

SEGUNDO SUBSIDIO PARA EL ITINERARIO DE CONVERSIÓN PASTORAL



Vicariato San Alonso de Orozco
Orden de San Agustín

PRESENTACIÓN

Analicemos ante nuestra propia conciencia el ritmo de vida agitado, el conjunto de preocupaciones e intereses, la obsesión por un disfrute inmediato, la manera de consumir noticias y diversiones... ¿no dejan apenas ni tiempo ni ganas para vivir la fe y madurar en ella! Por eso la vida se torna tan superficial y esto impide que lleguemos con un poco de profundidad a nuestro corazón. Parece que sólo nos interesa la satisfacción inmediata, "el triunfo de lo instantáneo", incluso el mismo trabajo se hace obsesión... ¿Hay sitio en el corazón para Dios? Agustín, en su experiencia diaria, nos dice claramente cómo nos podemos alejar de Dios: No busques la felicidad en la región de la muerte. No está allí. No puede haber felicidad donde ni siquiera hay vida verdadera (cf. Confesiones 4, 12, 18). Volviendo al anuncio inicial, necesitamos, pues, el silencio para hacernos más sensibles a la interconexión de cada uno de nosotros con nuestro propio interior; todo debe ser una unidad: "metiéndome en su bodega el Amado mío, y yo seguíle, que como los soldados siguen su bandera, así la bandera que a mí me lleva tras sí y a quien yo sigo es la de su amor" (Fray Luis de León en Comentario al Cantar de los Cantares).

Cada uno de nosotros, creyentes, hacemos un itinerario en la vida. Como seres humanos buscamos y anhelamos. Pero la interioridad es un regalo de Dios, una manera de vivir, que nace y se alimenta de su gracia. San Agustín lo clarifica de esta manera: "la mayoría de las veces el hombre se desconoce a sí mismo. Víctima del descuido o de la improvisación, o presume de sus carencias o desespera de sus posibilidades. Sólo cuando la tentación viene a probarle, como un cuestionamiento de urgencia, logra el hombre conocer la verdad sobre sí mismo" (Comentarios a los Salmos 52, 2).

La persona sólo inicia su camino hacia Dios porque, desde el primer momento, Dios está en el fondo de su ser atrayéndola hacia su propio misterio. Es la presencia amorosa de Dios la que origina y sostiene su itinerario hacia Dios. Buscamos a Dios a tientas, pero Él no está lejos de ninguno de nosotros, pues en Él vivimos, nos movemos y existimos (Hechos 17, 27-28). Sin la gracia de Dios nadie podrá buscarle. Sin su presencia, percibida oscuramente en el fondo de la conciencia, nadie puede dar paso

alguno hacia Él: A Jesús no se llega verdaderamente más que por la fe, a través de un camino cuyas etapas nos presenta el Evangelio en la bien conocida escena de Cesarea (Juan Pablo II en *Novo millennio ineunte* 19).

Todo hombre o mujer, lo sepa o no, está habitado por esta presencia de Dios. También el más indiferente, el más mediocre, el más incrédulo, vive envuelto por la gracia de Dios que lo acoge y lo ama sin fin. Dios no fuerza, no coacciona a nadie. Sólo se ofrece, sin retirar nunca su amistad. Ni siquiera el pecado destruye su presencia; únicamente impide que nos abramos a ella. En realidad, Dios se ofrece y nos busca permanentemente y de mil maneras a todos y a cada uno de nosotros, a través de los acontecimientos pequeños y grandes de cada día y de toda la vida; son acontecimientos que animan nuestra existencia, nos interpelan y nos atraen hacia Él. Por nuestra parte no nos queda sino el dejarnos guiar por el dinamismo que el Espíritu de Cristo desencadena en el hombre; ese Espíritu que siempre afirma y vive abriendo y, por consiguiente, ofrece futuro y, con ello, confiere libertad para estar en el mundo (Olegario G. de Cardedal).

Necesitamos prestar mucha atención a lo que propone san Agustín: "los hombres salen a hacer turismo para admirar las crestas de los montes, el oleaje proceloso de los mares, el fácil y copioso curso de los ríos, las revoluciones y los giros de los astros. Y, sin embargo, pasan de largo delante de sí mismos. No hacen turismo interior" (Confesiones 10, 8, 15). Quien se orienta hacia Dios vive una experiencia interior difícil de explicar. Busca, pero, sobre todo, es buscado. Llama, pero, sobre todo es llamado. Da pasos, pero es atraído y conducido por Alguien. Nuestra actitud es más acogida que búsqueda; recibimos la constante invitación de la gracia que nos llama a encontrar a Dios en el corazón. La "dignidad interior no es fruto del azar ni de la improvisación, sino de una atención continua al misterio interior y un esfuerzo continuado de querer ser uno mismo. Podría traducirse en una sencilla plegaria: "Señor, ayúdame a caminar para llegar donde necesito ser". Y, así, es posible creer en la contemplación, ese arte de aprender de Dios a observar con una larga mirada de compasión y ternura. Una larga mirada supone capacidad contemplativa y vida interior, aprender a ralentizar la velocidad de nuestras vidas, acciones y pensamientos, y adiestrarse en el camino de la serenidad.

▪ *En el bautismo hemos recibido la fe, y ésta brota siempre como una confianza cada vez más viva que Dios mismo va despertando. Por eso, hacer turismo -sería responder al interrogante "Caminar... ¿hacia dónde?"- es creer, es ponerse ante Dios. Acoger su amor y su llamada. Es como escuchar a quien nos está invitando en el corazón. Es decisivo, pues, encontrar a Dios en el corazón y en unos momentos de sinceridad ante Él, y esto puede cambiar el sentido de nuestras personas. Esta escucha a la invitación se llama interioridad.*

▪ *La fe es un don gratuito, no es una conquista, una posesión, algo exigible a lo que tenemos derecho porque nos lo hemos merecido; la fe nos viene dada, es un regalo de Dios. Recordemos la actitud del fariseo que "presumía" de su fe y de sus buenas obras; se hace dios a sí mismo, es un soberbio. Este hombre no tuvo en cuenta aquel consejo de san Agustín: "escucha primero al que habla dentro y, desde dentro, habla después a los que están fuera" (Comentarios a los Salmos 139, 15). Y, también, "entrar en lo más interior es desear lo que hay de más íntimo, y lanzar lejos la intimidad más íntima es salir fuera. Por el orgullo salimos fuera, por la humildad volvemos al interior" (Tratados sobre el Evangelio de san Juan 25, 15).*

▪ *Andar por dentro es una auténtica experiencia de Dios, un regalo, un don que, como emisora siempre abierta, puede ser captada desde la fe y por la fe. Cristo, en su pedagogía con los apóstoles, los pone en crisis obligándoles a que salgan de ellos respuestas, lo mejor de sí mismos para adherirse más a Él. Las crisis son situaciones de dificultad superables y que ayudan a madurar. Lo que tenemos entre manos no es ningún detalle o adorno sino aquello que es lo más grande: es problema de "raíz" y que lo hemos dejado de alimentar o no lo alimentamos suficientemente: Les dijo: vosotros pasáis por justos ante los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones. Pues lo que los hombres exaltan, lo aborrece Dios (Lucas 16, 15).*

▪ *La interioridad es la experiencia entrañable de Quien pasa por la puerta de nuestra pobreza, que nace del reconocer quién es Aquel que pone su mano buena sobre nuestros hombros y nos descubre quiénes somos nosotros. De ahí que, en este saber caminar, tendrán que sintetizarse sus efectos: descubrir la dicha de ser uno mismo incluso cuando las realidades nos lo oscurecen tanto, crear el gusto por vivir y por ser libres, caminar en la*

solidaridad compartida, no convertir ni el tiempo ni el ambiente en una prisión o en una cárcel para sí mismo o para los demás, ser precursores de nuevos caminos... Podemos así descubrir ese Rostro y dejar que su mirada penetre en nuestra vida, esta vida con todo su espesor y su ambigüedad, pero siempre necesitada de Amor verdadero: le respondió Simón Pedro. Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna y nosotros creemos y sabemos que Tú eres el santo de Dios (Juan 6, 68-69).

▪ *La interioridad no puede hacerme fabricante de criterios cerrados, reducidos todos ellos a una privacidad, como si fuera un refugio en el cual me aísla. Debe romper, tiene que desplegarse en una caridad verdadera, ya que una experiencia de Dios me tiene que implicar en el ser humano. Y una relación que se cierra entre Dios y yo, y no me abre a la caridad, no sería una auténtica experiencia de Dios. La caridad se convierte en control de calidad de mi experiencia con Dios, tanto más cuanto que la verdadera respuesta que me pide Dios es en la caridad, en una expresión histórica, real, con respuestas en la vida: pues todos han echado de lo que les sobraba, ésta, en cambio, ha echado de lo que necesitaba, todo cuanto poseía, todo lo que tenía para vivir (Marcos 12, 44).*

▪ *Valorar la experiencia de Dios como fuente de conocimiento (de Dios y del ser humano). ¿Hasta qué punto conocemos la realidad desde un vídeo, desde una revista, desde unas imágenes, desde unos a los que llamamos o los tenemos como personas importantes (VIP)... o desde la verdad pura y cruda? A veces, uno piensa como que vive en dos mundos distintos, el de uno mismo dentro de la sociedad, y el de la sociedad que no está dentro de uno mismo. Y a esta contradicción habrá que darle una respuesta o, al menos, debe tener, por nuestra parte, una toma de conciencia. Lo cual no quiere decir un control absoluto de todo, sino tratar de impedir que la urgencia de las cosas y de las personas nos arrastre hacia un torbellino de prisas que impida pensar y respirar. Necesitamos aprender a pararnos en las encrucijadas de los caminos para elegir y amar. O, mejor, elegir es amar y el que no elige no ama.*

▪ *Tengo que ESTAR ahí, en la realidad de mí mismo y en toda la realidad humana. A Dios le conocemos por inmersión y no por los libros. Contemplar es aprender a mirar la realidad como Dios la mira, como mira Jesús nuestra humana condición y como mi-*

ran tantas y tantas personas, desde el corazón limpio, la historia de las heridas del mundo sin dejar de ensayar acciones audaces en su favor, a pesar del dolor y de la fatiga. Eso significa que estamos siempre en grado de provocar la dinámica del conocimiento de Dios que no entra por la cabeza sino por el corazón. Es una llamada a reconstruir la experiencia religiosa que lleva para los creyentes, desde lo más fundamental y acompañado por un proceso religioso que nos dirige a la acogida de Dios en la experiencia religiosa. Es un proceso de proponer el evangelio y preguntar por una respuesta para que sea verdaderamente cristiana la persona, cada uno de nosotros. Y esto exige un tipo de encuentros mucho más allá de lo que ordinariamente conceptuamos y valoramos como una formación cristiana y religiosa de vivir la religión. Se trata de una escucha directa de Dios, del análisis de la propia realidad y del anuncio de un Dios gratuito y liberador.

Cuando la persona humana no practica ni tiene interés por caminar desde dentro y hacia dentro, se convierte en parte de un mundo de seres humanos tan satisfechos como mutilados, incapaces de imaginar su propio presente y de su futuro y sin posibilidad de gozarlo ni de soñarlo. El silencio tiene aquí una gran importancia: nos coloca en una actitud de encuentro con nosotros mismos, con los demás y con Dios. Y aunque sea cierto que la vida es un misterio que desborda nuestro control, que no es fruto por completo de nuestro esfuerzo y de nuestras habilidades, también es cierto que cuando la vida se saborea en el silencio, se convierte como la tierra generosa que devuelve multiplicada la atención que se la presta.

▪ *Lo que se vive ¿cómo se manifiesta? Cuando se trata de la experiencia de Dios no comienza desde mí: Él es el autor y el objeto conocido de la experiencia. Yo la recibo y, como fruto de la transformación en mi interior, se me movilizan la persona y la misma libertad. Esto es lo que pasa en el mundo interior que acoge la experiencia del amor de Dios. Me toca recibir la experiencia de Dios y dejar que me movilice sin saber a dónde me llevará y me convierta en paso de Dios por mí a los demás.*

▪ *La Biblia nos enseña que la fe tiene que ver con "el corazón": buscarás al Señor tu Dios y lo encontrarás si lo buscas de todo corazón (Deuteronomio 4, 29). El corazón es el centro de la persona. Ese punto donde todo el ser queda como unificado*

y anudado. Desde el corazón decide la persona la orientación que quiere imprimir a su vida. Desde el corazón se sitúa ante lo bueno y lo malo, ante lo verdadero y lo falso, ante la vida y la muerte. Es el corazón del ser humano el que cree en Dios o lo rechaza. Por eso enseñará san Agustín: "no andes averiguando cuánto tienes sino qué tal eres" (Sermón 23, 13).

La verdadera interioridad tiene su cuna en el deseo hondo de la persona en donde nace la confianza esencial, la auténtica estima de lo que es válido siempre, la aceptación confiada de lo bueno y de lo hermoso de la vida. Y, para ello, hace falta tener en cuenta algunos aspectos:

- *la entrada en esos espacios de la vida que dedicamos a la oración, la celebración de los sacramentos... porque venimos rotos, despistados, centrifugados; el ritmo de nuestra acogida necesita tiempo, toma de conciencia con la Persona con la que me voy a relacionar: un lenguaje de vida, el lenguaje del Hijo de Dios que me sitúa en la condición de caer en la cuenta de cuáles y cómo son las cosas de Dios, ese Dios que pasa siempre por mi vida...*
- *la gratuidad de esta realidad personal. Es más importante lo que debe decirnos Él que lo que decimos nosotros. Él tiene que liarnos y comprometernos. Prolongar la sensación de discípulos, dejarse remodelar, ser alumnos que se dejan formar en el corazón. Si Dios entra en mí, algo tiene que moverse dentro. ¿Será que somos muy habladores como creyentes y poco escuchadores? ¿Hasta qué punto somos "resonadores" de Dios?*
- *estar atentos a resultar, voluntariamente, más implicados con Dios después de una relación experiencial con Él, en sus cosas: ¿no sabéis que lo mío son las cosas de mi Padre? (Lucas 2, 49). Y es que toda relación personal con Dios se vuelve misionera. Él tiene voluntad salvadora, la hace sensible a sus cosas. Lo manifiesta expresivamente en el sacramento de la Reconciliación. ¡Ojalá aprendiéramos a ser más flexibles en los juicios y en las palabras, lejos de la actitud judicial que tantas veces mostramos en nuestros comportamientos!*
- *abrir el campo de la experiencia de Dios: abrir nuestro horizonte como personas y como vida ya que la experiencia no tiene cabida sólo en los espacios conocidos (textos sagrados), sino que Dios se relaciona también con el hombre en todas sus cosas:*

una historia, la nuestra, que debe interpretarse desde Cristo. Esta es la clave. Esta historia es una fuente inmensa de la experiencia de Dios. Por otro lado, toda mi vida se convierte en una fuente auténtica de conocimiento de Dios y de su experiencia, al estilo de María: conservaba todas estas cosas en su corazón (Lucas 2, 51). Cuando hay conciencia de que todo lo que hay en mí proviene de OTRO, entonces, todo mi ser habla con Dios y de Dios: somos contemplativos en la acción. Y los espacios que dedicamos a Dios son un servicio al mundo, y viceversa...

En resumen, el caminar hacia dentro -aquí está toda la cuestión- nos puede ayudar a apreciar mejor la calidad de nuestro modo de proceder y a corregir desaciertos e incluso aberraciones de nuestros planteamientos como creyentes. Jesús, el único Maestro para los creyentes, no fue un profesor de virtudes ni sistematizó una doctrina filosófica sobre la perfección. Abrió caminos inauditos. Nos enseñó, desde sí mismo, a llamar a Dios, PADRE, a la vez que nos decía: si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre; desde ahora lo conocéis y lo habéis visto (Juan 14, 7).

El que busca a Dios con todo el corazón lo hace con todas sus facultades y su capacidad: voluntad, mente, capacidad de amar, sensibilidad. El creyente presta atención a lo mejor de sí mismo: "dentro del corazón soy lo que soy" (Confesiones 10, 4, 4), y es ahí donde se formulan las preguntas más radicales: ¿quién soy?, ¿hacia dónde camino? Y, dentro de la persona, ese conjunto de realidades que no podemos olvidar: alegría y sufrimiento, entusiasmo o serenidad, sentimiento de plenitud o indignidad, agradecimiento, invocación, temor o fascinación... En medio de todo esto se encuentra la persona inconfundible de Dios y su invitación que reclama respuesta y consentimiento.

Dice san Agustín: "¿qué soy yo?, ¿qué naturaleza es la mía? Mi vida es variable, multiforme y llena de tensiones" (Confesiones 10, 17, 25). Cada uno debe preguntarse cómo es su respuesta a Dios desde el corazón. Si reaccionamos con prontitud a ese mensaje de esperanza que es un Dios que nos ama; si escuchamos el evangelio de Jesucristo y nos sentimos movidos a una respuesta confiada. Si necesitamos ahondar, ser más sinceros, escuchar a Dios en el fondo de nuestro corazón y a abrirnos a la acción del Espíritu. Dice Agustín: "la voz de la verdad no calla nunca. No grita con los labios pero susurra en el corazón. Aplica

el oído interior” (Comentarios a los Salmos 57, 2).

Se vislumbra un panorama: el creyente puede comprobar en sí mismo los efectos de una fe verdadera, la que nace del corazón: se siente acogido en medio de la soledad, experimentando el perdón que le libera del peso del pecado, se ve fortalecido en la debilidad y estimulado para vivir desde el amor y el servicio, puede situarlo todo en su verdadera perspectiva, es capaz de afrontar con esperanza el sufrimiento y la muerte. El amor, divino y humano, debe ser siempre el centro y el corazón de nuestra vida. Si actúas siempre por amor haces siempre el bien, como enseña san Agustín: “ama y haz lo quieras: si callas, calla por amor; si clamas, clama por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. Está dentro de ti la raíz del amor. De esta raíz no puede salir sino el bien” (Sermón 163B, 3).

Hay, pues, y a pesar de todo, una sed de trascendencia en nuestra sociedad secularizada: “Siguiendo las huellas de los santos, se han acercado aquí a Roma, ante las tumbas de los apóstoles, innumerables hijos de la Iglesia, deseosos de profesar la propia fe, confesar los propios pecados y recibir la misericordia que salva. Mi mirada en este año ha quedado impresionada no sólo por las multitudes que han llenado la Plaza de san Pedro durante muchas celebraciones. Frecuentemente me he parado a mirar las largas filas de peregrinos en espera paciente de cruzar la Puerta Santa. En cada uno de ellos trataba de imaginar la historia de su vida, llena de alegrías, ansias y dolores; una historia de encuentros con Cristo y que en el diálogo con él reemprendía su camino de esperanza... Conviene callar y adorar, confiando humildemente en la acción misteriosa de Dios y cantar su amor infinito”. (Juan Pablo II en NMI 8). Esta cita del Papa, tan entrañable por otro lado, lleva a pensar que estos momentos de crisis, tan cargados de exterioridades y superficialismo, son un contexto especial para recuperar el núcleo de la esencia cristiana. Todos tenemos capacidad de una dimensión mística (experiencia del misterio) porque el creyente está enraizado en la experiencia de Dios hasta el punto de tener que afirmar: toda mística, es decir, experimentar y vivir la búsqueda y la nostalgia de Dios, es esencial para el cristianismo: la experiencia de un Dios bueno y misericordioso, encontrarse con Él, aprehenderle a Él. Dios, nuestro gozo y nuestro sumo Bien. Saborear a Dios. Vivir la invitación del salmo: gustad y ved qué bueno es el Señor (34, 9).

Cuando se sondea de verdad el corazón y se descubre el venero de nuestra vida, nos afirmamos de una manera estable y nos vacunamos contra la inseguridad y la desconfianza. San Agustín concibe la interioridad como plenitud de ser y de vida en la que el conocimiento de sí mismo se abre al conocimiento de Dios e incluye toda la riqueza del mundo creado. Desde esa luz podemos pensar que quien tiene vida interior es una persona que se libera para escuchar y para acoger mejor las voces del entorno en que vive. Es la persona que escucha todas las voces y hace suyos todos los sufrimientos de los otros para abrirse, así, al misterio de lo divino. Por lo tanto, posee la verdad interna y externa, se compromete a expresar con intensidad -desde la propia experiencia-, la verdad del mundo, su propia verdad humana. Vive en comunión con todos, pero nadie puede controlarlo. Sabe que las cosas pueden ser distintas: lo sabe desde el fondo de su libertad, de su encuentro con el misterio, desde su capacidad de empatía respecto de los demás... Por eso puede y quiere actuar iluminando todo lo que existe. Cuando no hay verdad en el corazón, nos encontramos con el fariseo que, de pie, oraba diciendo; Oh Dios, te doy gracias porque no soy como el resto de los hombres... (Lucas 18, 11).

En el camino de la interioridad se va desvelando aquello que somos nosotros. El camino lleva hacia el sí mismo de cada uno: hacia su propia realidad, a su persona. Al mismo tiempo, el camino se dirige hacia "el otro", es decir, hacia la verdad divina que llevamos dentro de nosotros mismos. Esta es la auténtica experiencia agustiniana de la interioridad, la verdad del corazón, toda ella vivida en un ámbito de gracia y de don, y es el camino de capacitación en el asombrarse, en el admirarse: "Señor, Tú estabas delante de mí pero yo había desertado de mí mismo. Y como no me encontraba a mí mismo, ¡cuánto menos a Ti!" (Confesiones 5, 2, 2). La verdad del creyente implica confianza, convicción segura, amor. Es atreverse a vender todo lo que somos y tenemos porque así se experimenta, en algún rincón de la historia, la alegría del tesoro del Dios que habita en el recóndito campo de nuestro yo. Ser creyente, personal y eclesialmente (también, sociológicamente), es un riesgo, pero, antes de nada, es un regalo de Dios. Y agradecer al Señor este regalo es caer en la cuenta de la llamada a un despertar religioso, como personas y como Iglesia, para vivir y para manifestar la fe mediante el convencimiento, sin respeto humano. Nada tiene valor sin libertad. Sólo en la libertad es posible la vida y el amor. En la medida

que creamos de corazón, de verdad, surgirá una persona y una comunidad cristiana más auténtica, más libre, más arriesgada en abrir caminos nuevos: el Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor (Lucas 4 18-19).

La interioridad erosionada se muestra en el desgaste de las convicciones, de las resoluciones, de las utopías. Hace falta, por tanto, despertar a la realidad de que nada en nosotros es obstáculo para el encuentro con Él, que todo deviene lugar de paso para dejarnos abrazar por un amor mayor. La alegría nace de la unificación de la vida por el Amor, cuando tenemos, o queremos tener, el corazón girado en una única dirección, vuelto hacia el Único necesario. Concretamente, el camino de la interioridad, "andar por dentro", nos exige conocimiento y unificación de nosotros mismos, oración y purificación del corazón, silencio y soledad para atender y escuchar a Dios.

Esta experiencia en el corazón, vivida con humildad y ternura, me lleva a descubrir que me miran con ojos de amor, a aceptar la vida y la vocación cristiana como gracia, como algo que se me ha dado y que se me sigue dando... Aquí cesan las razones, los méritos y todos los posibles privilegios: descubrir y agradecer, día tras día, el regalo de la misericordia divina en cada momento. Y, al final de este camino, hallarme con la certeza de que hay OTRO dentro de mi propio ser. No existo por mí mismo. Por eso, cuando dialogo en dimensión de hondura y transparencia, no me limito a hablar conmigo; estoy escuchando la voz del Otro, recibiendo su luz, dejando que se exprese en mí su gracia. Aceptar con gozo al que me hace ser... Así soy persona de fe, como reflejo de lo que Dios realiza en mí. Y esto me hace vivir y presentarme siempre como signo de gratuidad. Experimentar este ajuste fundamental, sin el cual todavía estaremos "de oídas" ante Dios, es haber sido situados en la senda felizmente misteriosa de Cristo.

Para vivir una experiencia personal en la línea de las ideas anteriores, puede ser interesante la lectura de las Confesiones de san Agustín, 8, 10-12.

EXPERIMENTAR la REALIDAD bajo OTRA MIRADA. Se entiende

"en el corazón". De hecho, una experiencia interior transforma y mentaliza de una manera diversa. Y, en un ambiente donde la "débil inteligencia" se está haciendo ley, una persona creyente debe demostrar con claridad su identidad y cómo vive su propia respuesta. El común denominador de masa, gente, anonimato, esconderse... no encaja en las categorías de una verdadera identidad que a sí mismo debe exigirse: ser signo, distinto y capaz de ser distinguido por los demás. Una de las más gozosas experiencias agustinianas es la pasión por la Verdad: tarde te amé hermosura tan antigua y tan nueva; tarde te amé" (Confesiones 10, 27, 38).

Es posible que casi nunca nos planteemos la pregunta: ¿qué es buscar a Dios? Interesante pregunta para orientar la vida de cada uno. Y la respuesta es muy sencilla: es MIRAR a CRISTO. Toda la experiencia evangélica: curar a los enfermos, comprender a los que caen, consolar a los afligidos, compartir lo que somos y tenemos con los que no tienen y ni siquiera lo son, elegir el último puesto pudiendo tener el primero, no ir revestido de filacterias ni esperar que te reverencien por las calles, tener el corazón lleno de paz y limpios los ojos... La verdad es amar al otro como nos amamos nosotros mismos, arrancar de nosotros la avaricia, la lujuria, la soberbia. La verdad es la sencillez, que no vulgaridad; la rectitud de intención, la firmeza sin imposición...

Y eso es lo que nos descubre si estamos cerca o lejos de la Verdad. Digamos con franqueza que estamos muy lejos de la Verdad que trajo Cristo al mundo, lo cual no obsta para pensar que podemos caminar hacia delante. Si los creyentes, con todos nuestros fallos, nos acercáramos un poco más a la Verdad ("Maestro interior" lo llama san Agustín), nuestra Iglesia daría un salto cualitativo en algo que todos decimos estar interesados: una verdadera vida cristiana. Conciencia, pues, de ser hijos de Dios y dejarse conducir por el Espíritu. Al estilo de Agustín y, siempre sin etiqueta, dispersos por el mundo y en cualquier tiempo hay muchas personas que no están censadas oficialmente en este Reino, pero que pertenecen a él porque creen en el amor y en la misericordia. Son hombres y mujeres bautizados en el sacramento de una vida que les ha conducido a una fe en el hombre, en la verdad, en la honradez. Tienen el espíritu sano aunque su cuerpo sea de barro y quebradizo. Son seres que han dejado espacio en su mente y en su corazón para seguir siendo humanos, sensibles a la belleza, integrados en la realidad y sin

necesidad de manipularla para defenderse o huir de ella. Porque creen en Dios y en los hombres. Son libres e irradian alegría y serenidad. No se venden. Sí que se invierten en el servicio con sencillez y generosidad, entendiendo el cumplimiento del deber como servicio, pero sin dejar de tener espacios y gestos donde sólo rige la gratuidad y el gozo de hacer el bien por sí mismo, sin el negocio de la recompensa.

Estamos envueltos por la capa de lo externo, de lo superficial, y tocados por muchas apariencias deslumbrantes. Y sólo la experiencia de Dios en nuestra vida puede modificar y comprometer nuestro presente y nuestro futuro. Es cierto que tenemos especial inclinación por lo misterioso y lo desconocido, pero ¿somos personas que no claudicamos ante la realidad de un Dios vivo, que buscamos su rostro a través del modelo que es Cristo, que queremos ser testigos de la verdad, de la libertad y de la liberación humana? Todos queremos, y más como creyentes, que la realidad se ilumine pero ¿desde dónde?: “por todos estos parajes hago mis excursiones, unas veces mariposeando de acá para allá, otras adentrándome en ellos cuanto me es posible. Pero no logro tocar fondo...” (Confesiones 10, 17, 26). ¿Quién nos hará llegar hasta Él y hasta a nosotros mismos?¹

LOS ENCUENTROS, PASO A PASO

Los temas responden a una misma propuesta metodológica. Cada uno está orientado por un propósito, y se ordena en cuatro momentos o pasos.

Al comienzo de cada tema encontrarán un PROPÓSITO. En pocas palabras hemos querido resumir aquello que queremos proponer, compartir e invitar a profundizar. En el desarrollo del encuentro mismo, es importante no perder nunca de vista este propósito. Nos servirá de orientación y de guía, para no desviarnos hacia aspectos secundarios o temáticas que serán tratadas en otro momento del itinerario.

1. Entra en ti mismo

El primer momento es tomar contacto con la experiencia de vida que cada persona trae al encuentro. Toda vida tiene un sentido

¹ Imanol Larrínaga Bengoechea, OAR. Cuadernos de Espiritualidad Agustiniana.

en el proyecto de Dios y Dios mismo no está ausente de ninguna historia personal. Por eso, partimos de nuestra vida...

En este momento del encuentro, los encargados buscarán facilitar un clima de confianza y de fraternidad en el que cada uno pueda expresarse con libertad. Es importante que adopten una actitud de escucha respetuosa, sin emitir juicios ni dar opiniones sobre lo que cada persona comparte. Cada historia personal es valiosa así como es.

2. Textos para reflexionar

En un segundo momento queremos compartir la lectura de diversos textos que nos puedan iluminar para la reflexión personal y comunitaria.

3. Trasciéndete a ti mismo

Después de leer y reflexionar los textos, volvemos sobre nuestra vida para descubrir y profundizar a qué nos invitan los textos. Se trata de generar un ámbito de reflexión que permita apropiarse de lo dialogado. Proponemos algunas preguntas disparadoras.

4. Orar en comunidad

“La peregrinación interior se inicia en la plegaria”. Y finalmente celebramos la vida iluminada por la Palabra de Dios. Este último paso de oración comunitaria no es un agregado que se pueda pasar por alto, o abreviar porque nos queda poco tiempo... Es un momento importante, en el que nuestras palabras y nuestros gestos son una primera respuesta al cambio que se nos propone.

Estos cuatro pasos describen el movimiento de cada encuentro, el paso a paso que nos permitirá ir haciendo nuestro camino.

Tema 2

LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD Y LA FELICIDAD

Propósito Reflexionar acerca de los caminos en mi vida, que me han llevado a la búsqueda de Dios.

Entra en tí mismo

1. ¿Cuándo fue la primera vez que escuche hablar de Dios?
2. ¿Cómo fue mi primer encuentro con la persona de Jesús?

¿Quiénes me animaron a la búsqueda de Dios?

3. ¿Qué cualidad o don te ha ayudado más en tu búsqueda de Dios y te ha facilitado tu camino hacia Él?

Textos para reflexionar

La búsqueda de Dios en la Espiritualidad Agustiniiana de Laurence Mooney, OSA

La búsqueda de Dios en la propia vida está presente en el corazón de la espiritualidad agustiniana. A Agustín se le conoce, sobre todo, por su ardua búsqueda de la verdad, de la belleza y de la paz durante sus años juveniles, que de forma conmovedora relata en sus Confesiones. Buscaba el sentido y la verdad en su vida y, al hacerlo, buscaba en realidad a Dios.

En la historia de Agustín escuchamos el eco de nuestra propia historia. Quien estudia la búsqueda de Agustín se encuentra inevitablemente atraído a reflexionar sobre sus propios caminos personales. Este seguimiento cercano de los pasos de Agustín ha permitido a muchas personas ver más claramente lo que la gracia y el amor han hecho en sus vidas.

La espiritualidad de Agustín va unida a la búsqueda incesante, creciente y durante toda la vida buscó a Dios y buscó conocerle. *"Oh Señor mi Dios, a ti solo amo, a ti solo sigo, a ti solo busco. Enséñame el camino que debo andar para poderte contemplar"* (Sol. I, 1, 5).

Su búsqueda personal empezó con la atracción del nombre de Cristo. Este nombre que, como él dice, *"bebí con la leche de mi madre"*, le atrajo desde sus primeros años (Conf. III, 4, 8), lo buscó constantemente durante su juventud y fue para él como una luz que le guió en su camino.

A los diecinueve años, siendo estudiante en Cartago, se encontró con el Hortensio, un libro del autor clásico Cicerón. Su lectura fue una experiencia dramática, pues despertó en él la sed por una sabiduría más alta que la mera sabiduría material. En este libro buscó ansiosamente el nombre de Cristo que había aprendido en su niñez, pero no lo encontró. Sin embargo, se había encendido dentro de él una llama de deseo y ahora anhelaba algo más en su vida de lo que había deseado hasta entonces.

Haciendo memoria, más tarde, sobre su conversión, Agustín sentiría que su búsqueda de Dios había comenzado realmente con la lectura de este libro de Cicerón *"De pronto todas mis expectativas de frivolidad perdieron crédito, y con increíble ardor de mi corazón ansiaba la inmortalidad de la sabiduría. Y comencé a levantarme para iniciar el retorno a ti"* (Conf. III, 4, 7).

La búsqueda de la verdad por parte del joven Agustín fue, sobre todo, una búsqueda de la verdad sobre sí mismo; un itinerario difícil y lleno de obstáculos. Su búsqueda le llevó a menudo a la frustración y hubo un tiempo en que se halló sumido en la duda y la desesperación: *"Yo caminaba por un oscuro resbaladero, te buscaba fuera de mí y no hallaba al Dios de mi corazón. Me había precipitado en el abismo del mar. Había perdido las esperanzas de encontrar la verdad"* (Conf. VI, 1, 1).

Cuando tenía 29 años, Agustín se trasladó de Cartago a Roma y un año más tarde, de Roma a Milán. En el círculo intelectual de Milán, y particularmente con la ayuda amable del obispo Ambrosio, Agustín empezó a vislumbrar la verdad de la fe cristiana. Suspiraba con ansia por la paz del corazón y comenzó a frecuentar la iglesia y a orar. Sin embargo, interiormente continuaba royéndole la ansiedad, se sentía empujado hacia adelante por el deseo real de su corazón, y al mismo tiempo, se sentía impedido por las condiciones de su vida personal. Al final abandonará dramáticamente las metas de una carrera profesional exitosa y de los placeres mundanos y alcanzará el objeto de su larga búsqueda.

El espíritu inquieto que de forma permanente llevaba dentro de sí, es una fuerza clave en el deseo de Agustín por encontrar la verdad. En su largo camino hacia la conversión no encontró lugar para el reposo de su corazón. Sin embargo, a pesar de esta pena que le atenazaba, o quizá a causa de ella, siguió en su búsqueda constante y paciente de Dios. Al inicio de su búsqueda pensaba que él era el sujeto activo en la búsqueda de la verdad, pero después sintió que era Dios quien le alentaba misteriosamente y le empujaba a seguir. Reconociendo que Dios le salía al paso en su camino, comenzó a pedirle que lo guiara y le concediera amor. Entoces experimentó dentro de sí la dulzura divina y se sintió empujado por una esperanza nueva. *"Dirigiste tus rayos con fuerza sobre mí, y sentí un escalofrío de amor y de terror"* (Conf. VII, 10, 16).

Cuando Agustín considera el recorrido que ha hecho en su búsqueda de la verdad, percibe que, sin importar cuánto camino ha recorrido, Dios siempre ha estado a su lado. Con dulzura y paciencia, Dios ha sido testigo de los momentos oscuros de su viaje y de la miseria en que ha caído a causa de sus errores. Agustín reconoció que las influencias que habían orientado el curso de su vida habían sido puestas en su camino por una sabiduría diferente de sus propias intenciones. Cayó en la cuenta que una profunda y secreta providencia siempre presente junto a él le había conducido al amor y la paz.

De este modo, las personas más adecuadas habían estado a su lado cuando las necesitó. Incluso tuvo a su disposición los libros requeridos en un momento dado. Su madre Mónica le siguió en su viaje para aconsejarlo, su amigo Alipio le acompañó y el obispo Ambrosio le recibió en Milán. Los escritos de san Pablo le sirvieron de iluminación y su indecisión se vio cuestionada por las historias de las conversiones de Victorino y Antonio. Finalmente, en el jardín de la casa en Milán, el canto misterioso del "toma y lee" condujo a Agustín a la conversión, a través de las palabras de la carta a los Romanos.

Allí en el jardín, Agustín se transformó: apartó toda duda de su vida, y una ola de fe irrumpió en su corazón. Verdaderamente se revistió del Señor Jesús (Rom 13, 13). Más tarde escribirá sobre este don de la gracia: "Tú me convertiste a ti" (Conf. VIII, 12, 13). Algunos meses después, Agustín por medio del sacramento entró en la Iglesia juntamente con su hijo Adeodato y su amigo Alipio. Y recordará: "Recibimos el bautismo y huyeron de nosotros las inquietudes de la vida pasada... ¡Cuántas lágrimas derramé escuchando los himnos y cánticos que dulcemente resonaban en tu Iglesia! (Conf. IX, 6, 14?"

Agustín había buscado dentro de sí mismo.

Al considerar el largo camino de conversión que recorrió Agustín, nos damos cuenta que su búsqueda de Dios fue, al mismo tiempo, una búsqueda de su propio yo perdido. Sus famosas palabras: "Señor, que me conozca, que te conozca" (Sol II, 1, 1) expresan que la búsqueda de sí y la búsqueda de Dios se identifican.

Al final de su juventud, Agustín es una persona que ha logrado el éxito exteriormente, pero se encuentra profundamente alienado. "Estaba en el mundo pero fuera de mí" (Conf. X, 27, 38) y "me había convertido en un enigma para mí mismo" (Conf. X, 33, 50). Pero, a pesar de su angustia, seguía atento a su corazón. Esto fue algo característico en él y lo mantuvo mientras avanzaba trabajosamente en su búsqueda. De modo misterioso sentía un apoyo gentil en medio de su oscuridad interior, un apoyo que le permitía ver un rayo de esperanza en medio de la oscuridad. "Amonestado por aquellos escritos que me intimidaban a retornar a mí mismo, penetré en mi intimidad guiado por ti. Lo pude hacer porque Tú me prestaste apoyo". Emocionado y animado reconoció una luz dentro de sí que era superior a él mismo: "No esta luz vulgar y visible a toda carne ni algo por el estilo. Era una luz de potencia superior, como sería la luz ordinaria si brillase mucho y con mayor claridad y llenase todo el universo con su esplendor. Nada de esto era aquella luz, sino algo muy distinto, algo muy diferente de todas las luces de este mundo" (Conf. VII, 10, 16).

Así, después de años de lucha interna, Agustín experimentó que recobraba maravillosamente su vida. Su camino de conversión le llevó, a los 32 años, a una seguridad interior que había deseado durante mucho tiempo. Más tarde oraba diciendo: "Pero entre todas las cosas que voy revisando, siendo tú mi asesor, no encuentro un lugar seguro para mi alma más que en ti" (Conf. X, 40, 65). Como consecuencia de la teofanía del jardín, sintió una felicidad a la que no estaba acostumbrado.

Mientras asistimos a esta integración y este encuentro de sí mismo, escuchamos a Agustín hablar de Dios no sólo como alguien cercano sino como alguien que viene a constituir su propia identidad. "Entrégate a mí, Dios mío, devuélvete a mí... Sólo sé una cosa: que me va mal lejos de ti, y no sólo fuera de mí, sino incluso en mí mismo. Y cualquier riqueza que no es mi Dios, es pobreza" (Conf. XIII, 8, 9). La angustia y dispersión de su juventud ahora se había tornado en recogimiento y calma. Una nueva certeza entraba en su vida y sentía la realización de una unidad más profunda de su ser.

La conversión en Agustín fue una transformación radical. Sin embargo, sería una equivocación por nuestra parte pensar que después de ella no continuara sintiendo las molestias propias

de su naturaleza todavía viva. Ciertamente, seguiría necesitando de una continua sanación a través de toda su vida. Sobre ello, escribió: "Pero en mi situación actual, puesto que tú elevas a aquellos a quienes llenas, al no estar yo lleno de ti por el momento, soy un peso para mí mismo" (Conf. X, 28, 39). Después de 20 años de vida cristiana, aún pedía a Dios que le rehiciera completamente a través de los dones de la conciencia, del entendimiento, del amor (Trin. XV, 28, 51). A los fieles decía: "Dios espera que le pidamos que nos conduzca a la perfección" (En. Ps. 85, 7).

Agustín fue consciente de que nadie encuentra a Dios de una vez para siempre; la fragilidad humana no alcanza a comprender o abrazar a Dios. Él mismo continuó toda su vida buscando a Dios. Sabía que sólo en la transformación final se podrá experimentar la plenitud de Dios. Sin embargo, Agustín reconoció que llevaba dentro de sí algo que le daba seguridad en su búsqueda a lo largo de la vida. La gracia había establecido su dominio en su corazón, y rogaba que se le concediera recibir más y más de Dios hasta que un día pudiera sentirse totalmente lleno de Dios.

Agustín nos enseña a buscar

Toda la experiencia que Agustín adquirió en su búsqueda personal la ofrece luego como aliento a todos los que quieran seguir sus pasos. Se ha convertido en un guía inspirado y efectivo en la búsqueda de Dios y podemos encontrar sus enseñanzas acerca de esta búsqueda de tanta importancia en muchos de sus escritos, particularmente sus sermones, cartas y reflexiones sobre las Sagradas Escrituras: "Si en realidad eres amante del Señor, escoge a Dios desde lo más profundo de tu corazón, suspira por Dios con un santo anhelo, ama a Dios, que se note que estás lleno de Dios, búscalos con ansias porque no encontrarás nada más delicioso, nada que te llene más de alegría, nada mejor, nada más duradero. ¡Qué puede ser más duradero que aquel que dura para siempre!" (En. Ps. 85, 5).

Agustín creía que toda persona siente necesidad de Dios y, de algún modo, busca a Dios. Su visión del corazón humano encuentra eco en el axioma contemporáneo: El deseo de la santidad es común a todos. Para Agustín el deseo de lo divino es parte integrante de nuestra persona y algo esencial para poder

alcanzar la felicidad. Reconocía que dentro de cada persona hay un dinamismo profundo que, consciente o inconscientemente, arrastra hacia Dios (Cf. Civ. Dei XII, 1, 3). Este deseo de Dios es algo fundamental al propio ser y es una promesa de paz e integración. "Dios posee la verdadera sabiduría. Es labor del hombre buscarla. Esta posesión hace a Dios feliz, pero es la búsqueda lo que hace al hombre feliz" (Acad. 6, 7). Añade, "Toda la vida de un buen cristiano es un santo deseo" (Ep. lo. tr. 4, 6).

Sus palabras nos apremian a reconocer el anhelo por Dios también en nuestros propios sentimientos: "Todos queremos ver a Dios y estamos constantemente buscando modos de ver a Dios. En verdad, a veces estamos ardiendo por ver a Dios" (S. 53, 6). Es al amante que hay dentro de cada uno de nosotros a quien Agustín se dirige comentando las palabras del salmo 26, "tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro": "Mostradme un amante y él entenderá de qué estoy yo hablando" (En. Ps. 26, 2, 16).

Agustín al tiempo que nos alienta a buscar a Dios, nos enseña cómo buscarlo. Señala hacia dónde dirigir nuestra búsqueda, urgiéndonos a salir y admirar la maravilla del mundo creado que nos rodea. Para Agustín la naturaleza es un camino verdadero para atisbar a Dios. Toda la creación está allí para recordarnos al Creador y para hacer que suspiremos por el creador. Sobre su propia búsqueda escribió: "Entonces fue cuando, finalmente, descubrí tus cosas invisibles, que se hacían inteligibles por medio de las cosas creadas" (Conf. VII, 17, 23). En vez de ser un obstáculo en nuestro camino, Agustín demostró que la creación es un apoyo para la fragilidad humana: "Que mi alma te alabe para amarte, y que confiese tus misericordias para alabarte. No interrumpen ni silencian tus alabanzas las criaturas todas del universo... Todo ello constituye una invitación a nuestra alma para que se desperece de su flojera y se alce hacia ti aupándose en las obras que hiciste, remontándose hasta ti, su maravilloso creador" (Conf. V, 1, 1). Sólo nos advierte de nos quedarnos en el regalo, de tal modo que descuidemos al dador. Si tratamos de ver la misma bondad en las cosas buenas que nos rodean, entonces veremos a Dios.

LAS BIENAVENTURANZAS EN SAN AGUSTÍN

Imanol Larrínaga Bengoechea, OAR

CUALQUIERA² que con piedad y recogimiento considere el sermón que nuestro Señor Jesucristo pronunció en el monte, como leemos en el evangelio según san Mateo, pienso que encontrará en él, por lo que atañe a la buena dirección de costumbres, un método perfecto de vida cristiana. Así nos atreveremos a prometerlo, y no es temeraria nuestra promesa, porque se funde en las mismas palabras del Señor" (El Sermón de la montaña 1, 1, 1).

Toda la vida de san Agustín puede interpretarse desde la clave de una búsqueda incesante de la vida feliz, y hasta escribió un tratado con este título tan sugestivo: "Ésta es, pues, la plena hartura de las almas; ésta es la vida feliz, que consiste en conocer piadosa y perfectamente quién nos guía a la verdad, y los vínculos que nos relacionan con ella, y los medios que nos llevan al sumo modo. Por la luz de estas tres cosas se va a la inteligencia de un solo Dios y una sola sentencia, excluyendo toda supersticiosa vanidad. Aquí a la madre le saltaron a la memoria las palabras que tenía grabadas y como despertando a su pena, llena de gozo recitó los versos de nuestro sacerdote: escucha, divina Trinidad, nuestra plegaria'. Y añadió: 'ésta es, sin duda, la vida feliz porque es la vida perfecta, y a ella, según presumimos, podemos ser guiados prontos en alas de una fe firme, una gozosa esperanza y ardiente caridad'" (La vida feliz 4, 35).

Enseñanza de Cristo y felicidad. Una fundamentación necesaria y siempre válida es la pedagogía de Dios: Feliz el que te ama a ti, al amigo en ti y al enemigo por ti. No pierde a ningún ser querido aquel y sólo aquel para quien todos son seres queridos en Aquél que nunca se pierde. ¿Y quién es éste, sino nuestro Dios que hizo el cielo y la tierra y los colma, precisamente porque los creó colmándolos? A ti nadie te pierde, sino el que te vuelve las espaldas. Y al volverte las espaldas ¿adónde va o adonde huye, sino de ti apacible a ti irritado? ¿Dónde no se topará con tu ley para castigo suyo? Porque tu ley es la verdad y la Verdad eres tú" (Confesiones 4,9,14).

Al ansia de la felicidad humana responde Agustín desde Cristo:

² Cuadernos de Espiritualidad Agustiniana n° 26, "Las bienaventuranzas en San Agustín"

“Claramente manifestó que las palabras pronunciadas por Él en el monte contienen una doctrina tan perfecta para dirigir la vida cristiana, que cuantos quieren tenerla por norma de vida, con razón se comparan al hombre que edificó su casa sobre piedra. He dicho esto para hacer ver que este sermón contiene todos los preceptos de perfección que informan la vida Cristiana” (El Sermón de la montaña 1, 1, 1).

I. EL MENSAJE DE LAS PANCARTAS

La publicidad tiene expresiones vivas, sintéticas, ambiguas, con encanto, vacías, luminosas, momentáneas... A modo de ejemplo, hago referencia a cuatro pancartas que literalmente no se airean, pero sí tienen mucho de actualidad y de reivindicación:

- *“Si yo fuera rico...”*. En el corazón del hombre late el ansia de poseer, de forrarse los bolsillos, de aparentar una vida llena de cosas. Pensar que ese deseo sea irrealizable, conduce a la insatisfacción. El deseo lleva a una triste conclusión: *“El que apetece muchas cosas se condena a sí mismo a la indigencia. Su avidez le hace víctima de la pluralidad y esclavo de la multiplicación”* (El orden 1, 2, 3). Es una pancarta que guía a muchas personas e inclina a creer que la vida es injusta. De ahí surgen quejas, envidias, críticas sobre personas o estamentos, la rabia interna que impide la felicidad. *¿Se es feliz por tener mucho?: “¿Por qué tienen tanto los ricos? Porque su ambición no tiene límites. Cuanto más tienen, más quieren tener. Y cuanto más quieren tener, más hambread y, por tanto, más sufren. ¿Quién es, pues, el verdadero rico? El que menos necesita”* (Sermón 127, 9).

- *“Si yo tuviera una escoba”*. La experiencia diaria y, mucho más en los últimos tiempos, nos habla de un autoritarismo y una rigidez de posturas preocupantes. Ser felices es sinónimo de mandar, de tener la última palabra. Encontramos personas de dudosa idoneidad, incompetentes al máximo, que forman un mundillo de aprovechados. Barrer a los demás del mapa de la tierra, porque no los acepto o porque me parecen unos indeseables, es una forma temeraria de justicia. Barrer tiene el sentido contrario: quitar estorbos, suprimir barreras, convertir la vida diaria en un encuentro, ser más prójimos. Advierte san Agustín: *“No serás feliz si no puedes lograr lo que pretendes, o si no amas lo que logras o si logras lo que pretendes, pero esto*

es malo para ti. Si no logras lo que pretendes, te sientes angusti-ado. Si logras lo que amas, te sientes defraudado. Todas estas situaciones van acompañadas, indefectiblemente, de un senti-miento de miseria” (Las costumbres de la Iglesia católica 3, 4).

▪ “ ¡Si yo naciera de nuevo! “. Repetiría una y mil veces lo mis-mo.... se suele repetir con frecuencia: ¿Hasta qué punto somos sinceros? El hecho de vivir insatisfechos, de no gustarnos, de estar prontos a una recriminación por nuestra vaciedad, con-lleva a pensar en lo imposible. Por eso mismo tratamos de su-gerirnos un proyecto que nos proporcione una nueva vida, otro tiempo y algún elixir que reconforte: *“La causa del error es el desconocimiento que el hombre tiene de sí mismo. Para cono-cerse necesita estar avezado a desconfiar de sus sentidos y a replegarse y vivir en comunión consigo mismo” (El orden 1, 1, 3).* Claro que, aparte de esta cita, Agustín puede expresar y, por propia experiencia, lo que es renacer de nuevo: *“Dios no te pro-híbe amar las cosas, sino amarlas para la felicidad. Por tanto, al aprobar y alabar a las criaturas, no pierdas de vista al Creador” (Tratado sobre la primera Carta de San Juan 2).*

▪ “Si... “. Sólo la condicional, con mucho espacio en blanco. Cada uno puede pintar su propia pancarta y firmarla. En nuestros días hemos pasado a buscar una felicidad tan pequeña que nos obliga a estar siempre sonriendo, a mostrarnos como eufóri-cos triunfadores. El “deber de ser felices” nos intimida hasta el punto que, probablemente, somos las primeras sociedades de la historia que han hecho a la gente infeliz por no ser feliz (P. Bruckner). Agustín tiene una norma de oro para hacernos caer en la cuenta de lo que es la realidad: *“Es frecuente oír a los pesimistas de turno quejarse amargamente de los tiempos que corremos, aseverando enfáticamente que nuestros antepasa-dos vivieron mejores días... Supongamos que se diese a estos quejicas la oportunidad de volver a los tiempos antiguos. ¿No se dedicarían, también entonces, a lamentarse de sus tiempos?” (Sermón 92, 1).*

II. EN TORNO AL MONTE

“VIENDO la muchedumbre, subió al monte y sus discípulos se le acercaron. Y tomando la palabra, les enseñaba diciendo: Bien-aventurados los pobres de espíritu...” (Mateo 5,1-11; cf. Lucas 6, 20-23).

El sermón de la montaña es la exposición nítida y universal de la voluntad de Dios en la línea de la ley de los profetas. Es decir, tal como fue siempre. En este sentido formula las condiciones de admisión en el reino de Dios: *“Con nosotros oísteis cómo, habiéndose llegado los discípulos a nuestro Señor Jesucristo, Él, abriendo su boca, les enseñaba diciendo: ‘Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos’, etc. El único verdadero Maestro enseñaba a los discípulos, puestos a la redonda, esto de que hacemos mención brevemente; y vosotros, con su ayuda, os habéis llegado a mí para que os hable y os enseñe ¿Podemos hacer algo mejor que deciros lo que un tal Maestro expuso y dijo?”* (Sermón 11, 1).

Con el nombre de “Bienaventuranzas” se pretende significar no el ideal de felicidad a la que tiende todo hombre siguiendo la tendencia de su propia naturaleza, sino la bienaventuranza que Cristo ha venido a traernos por medio de su redención y de su gracia. Las bienaventuranzas responden a la pregunta por la verdadera riqueza, por la verdadera paz, por la mansedumbre, por la relación con la tierra y sus bienes, con los hombres y sus Injusticias, por la intranquilidad del corazón humano y por su pacificación en Dios: Por eso, en el fondo se trata de una transposición a programa humano de lo que es la experiencia personal de Jesús Hijo ante el Padre y ante los hombres, entrega de su vida por ellos. En realidad, las Bienaventuranzas y todo el sermón de la montaña sólo son legibles e inteligibles a la luz de la muerte de Jesús (Olegario G. de Cardedal).

Las bienaventuranzas o “macarismos” tienen tres elementos: la persona de quien se dice el macarismo, la causa de la felicidad deseada y el premio prometido al hombre bienaventurado. Cada una de las bienaventuranzas consta de dos partes: en la primera se celebra la felicidad de una cierta categoría de personas virtuosas, y en la segunda se anuncia el premio que les está reservado. Para entender mejor las bienaventuranzas es necesario tener en cuenta las dos partes. La primera se apoya en el Antiguo Testamento que frecuentemente habla de los pobres, de los mansos, de los perseguidos, pero que se ha de interpretar bajo la luz de la doctrina evangélica. La segunda parte, la que se refiere a la recompensa prometida, es sustancialmente idéntica en todas las bienaventuranzas y presupone siempre la misma sublime realidad, el reino de Dios considerado bajo distintos aspectos: de ellos es el reino de los cielos, poseerán la tierra, etc.

La realidad prometida no es más que el reino de Dios en sus dos fases, la terrena y la celeste: *“Lo que amamos y deseamos y pedimos vendrá después; lo que se nos ordena para llegar a eso que vendrá, debe ser ahora”* (Sermón 53,1).

San Mateo presenta las Bienaventuranzas de forma más general e impersonal: bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos. San Lucas, en cambio, se dirige directamente a los discípulos: bienaventurados los pobres porque vuestro es el reino de Dios. Mateo interpreta las bienaventuranzas en sentido espiritual: pobres de (en) espíritu, los limpios de corazón; Lucas, por el contrario, mira más a las condiciones materiales y al estado social de sus oyentes: los que padecéis, los que ahora lloráis.

¿Quiénes son los destinatarios de las bienaventuranzas? El acento está en las disposiciones interiores que configuran al hombre con la voluntad de Dios: de las ocho bienaventuranzas, hay seis que conciernen directamente a estas disposiciones. Las dos bienaventuranzas activas, la de los misericordiosos y la de los que trabajan por la paz designan prácticas que manifiestan igualmente las disposiciones del corazón: las que deben inspirar al cristiano en sus relaciones con el prójimo. Las otras seis bienaventuranzas cualifican más bien la actitud del creyente ante Dios.

Bienaventurados los pobres de espíritu... (Mateo 5, 3).

Mateo determina mejor el verdadero sentido espiritual de la bienaventuranza, como si quisiera poner de relieve el aspecto religioso, porque el sermón de la Montaña constituye para él una catequesis: *“El pobre de espíritu es humilde, y Dios que oye los gemidos de los humildes, no desoye sus ruegos. Por ahí, por la humildad, o digamos por la pobreza, comenzó el Señor su sermón. Se hallan hombres religiosos, abundantes de bienes de la tierra, mas no hinchados por el orgullo, y se hallan menesterosos sin un maravedí, pero también sin resignación; éste no tiene más esperanza que aquél; aquél es pobre de espíritu por ser humilde; este segundo es pobre mas no de espíritu»* Por eso, habiendo dicho nuestro Señor Cristo *“bienaventurados los pobres, añadió de espíritu’*. Luego los oyentes pobres no debéis ambicionar las riquezas” (Sermón 11, 2).

La pobreza que Jesús declara bienaventurada no se refiere, principalmente, a la miseria social, sino que se relaciona sobre todo con la piedad y la humildad. Los pobres serán bienaventurados porque Cristo ha sido enviado para consolarlos y porque su misión tiene como finalidad el ofrecerles la felicidad del reino de Dios: bienaventurados los pobres en el espíritu. Las bienaventuranzas revelan un orden de felicidad y de gracia, de belleza y de paz. Jesús celebra la alegría de los pobres a quienes pertenece ya el Reino (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 2546). Para Jesús, en medio de la pobreza y la opresión, sin dejar de sentir todo su dolor e inhumanidad, se puede vivir un gozo profundo porque se siente que está ya irrumpiendo un mundo nuevo que viene del amor de Dios. De ninguna manera se considera la pobreza, el sufrimiento, el hambre o la persecución como realidades positivas, como si tales situaciones favoreciesen el resurgir de actitudes más religiosas o de valores morales: "¿Qué dice, pues, nuestro Señor? 'Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos'. Leernos en la Sagrada Escritura acerca de la codicia de bienes temporales que "todo es vanidad y presunción de espíritu". Presunción de espíritu quiere decir audacia y orgullo, y así se dice frecuentemente de los soberbios que tienen espíritu fuerte y, con razón, pues la palabra espíritu' significa también viento, como lo vemos en el salmo que dice: 'fuego, granizo, nieve, hielo, espíritu de tempestades'. Mas ¿quién ignora que se dice de los soberbios que están hinchados, como si estuvieran inflados de viento? Esto movió al Apóstol a decir: la ciencia infla, la caridad edifica'. Por consiguiente, con razón se entiende aquí que son pobres de espíritu los humildes y temerosos de Dios, es decir, los que no tienen espíritu que infle. No podía empezar de otro modo la bienaventuranza, porque ella debe hacernos llegar a la suma sabiduría, pues el principio de la sabiduría es el temor de Dios', mientras que, por el contrario, el primer origen de todo pecado es la soberbia'. Apetozcan, pues, y amen los soberbios el reino de la tierra; 'mas bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos' (El Sermón de la Montaña 1,1, 3).

Cristo acoge la palabra "pobre" con el matiz moral perceptible ya en Sofonías: Buscad a Yahvé, vosotros todos, humildes de la tierra, que cumplís sus normas; buscad la justicia, buscad la humildad; quizá encontréis cobijo el día de la cólera de Yahvé (2, 3). Es cierto que Cristo se refiere en la bienaventuranza a la pobreza efectiva, especialmente para sus discípulos. Él mismo

es ejemplo de pobreza y de humildad: *“Esta falsa vida, donde las riquezas deleitan, ha de pasar y en pos vendrá la vida verdadera. Sí amas lo que tienes, deposítalo en un lugar bien seguro para no perderlo. Porque cualquiera que sea quien ame las riquezas, todo su afán, cierto, es no perderlas. Oye un consejo de tu Señor; la tierra no es lugar sin riesgos, traspásalo al cielo. Si encomiendas lo que juntaste al más leal de tus siervos, mucho más debes hacerlo a tu fiel Señor; tu siervo, aun supuesta la fidelidad, puede perderlo contra su voluntad; tu Dios no puede perder nada; cuanto en sus manos depositas lo hallarás en Él cuando le tengas a Él”* (Sermón 11, 6).

Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra (Mateo 5, 4).

La mansedumbre está relacionada con la propensión a ser víctima de las acciones violentas de otro. Los antiguos veían la mansedumbre como contraria a la cólera que, a su vez, era considerada la pasión lógica y necesaria después de sufrir una injuria que pedía venganza, pues de no tomarla, el injuriado quedaba expuesto al deshonor, la burla y el desprecio de sus vecinos. Pero sería mejor entender la palabra “manso” no como la actitud de aquellas personas que buscan evitar el orgullo (como una actitud meramente interior), sino la de aquellos que no tienen poder ante los ojos del mundo. Algo así como los “humildes”. Mateo no desconoce este significado (cf. 11, 29 y 21, 5). Estos mansos son los que no oprimen a nadie, ni sacan partido, ni piensan en la venganza, ni en la violencia para alcanzar sus objetivos. Son los pacientes y generosos de corazón: *“Son mansos los que no resisten a la voluntad de Dios. ¿Quiénes son los mansos? Los que, cuando les va bien, alaban a Dios, y cuando mal, no blasfeman de Dios; en las buenas obras que hacen glorifican a Dios y en los pecados se acusan a sí mismos. ‘Ésos heredarán la tierra’ ¿qué tierra sino aquella de la que dice un salmo: Tú eres mi esperanza y mi herencia en la tierra de los vivos”?* (Sermón 11, 7).

Esta bienaventuranza reproduce y repite sustancialmente la primera. Jesús promete a los mansos que “heredarán la tierra”. Expresiones tomadas del Salmo 37, 11, en el que las promesas van dirigidas a los pobres. Se trata, como en las otras bienaventuranzas, de la posesión del reino de los cielos: *“Pon atención a lo que sigue: ‘Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra’. Ya estás pensando en poseer la tierra ¡Cuidado, no seas poseído por ella! La poseerás si eres manso; de lo con-*

trario, serás poseído. Al escuchar el precio que se te propone, el poseer la tierra, no abras el saco de la avaricia, que te impulsa a poseerla ya ahora tú sólo, excluido cualquier vecino. No te engañe el pensamiento. Poseerás verdaderamente la tierra cuando te adhieras a quien hizo el cielo y la tierra. En esto consiste el ser manso: en no poner resistencia a Dios, de manera que en lo bueno que haces sea Él quien te agrada, no tú mismo; y en lo malo que sufras no te desagrade Él sino a ti mismo. No es poco agradarle a Él, desagradándote a ti mismo, pues agradándote a ti le desagradarías a Él” (Sermón 53, 2).

Mateo es el único evangelista que nos habla de la mansedumbre que es, fundamentalmente, una disposición del espíritu. En la entrada triunfal de Jerusalén (cf. 21, 1) se cumplió la profecía de Zacarías 2, 9. Cristo es un rey y un triunfador lleno de mansedumbre. La herencia del reino está garantizada por la promesa divina y se identifica con el mundo futuro (cf. Mateo 19, 29...). Puesto que la promesa es propia de los hijos (Gálatas 3, 6), entrar en posesión de la herencia divina coincide con el hecho de recibir el título de hijos de Dios. Poseer la tierra llena de delicias representa la posesión del reino mesiánico: *“Cuando el Señor dice ‘bienaventurados los mansos porque ellos heredarán la tierra’ nos da a entender que se trata de la firme estabilidad de la herencia eterna, donde el alma, como en su propio lugar, descansará con santo amor, lo mismo que el cuerpo descansará en la tierra y donde ella encuentra su alimento, como el cuerpo en la tierra; esa herencia es el descanso y la vida de los santos. Los hombres mansos son aquellos que ceden ante los atropellos de que son víctimas y no hacen resistencia a la ofensa, sino que Vence el mal con el bien’. Riñan, pues, los carnales e iracundos y peleen por los bienes terrenos y temporales, mas ‘bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra’, de la que no podrán ser desposeídos” (El Sermón de la Montaña 2, 4).*

Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados (Mateo 5, 5).

Los desgraciados de esta bienaventuranza son aquellos que no participan de la felicidad de este mundo. Son excluidos porque son pobres. Pero serán consolados, encontrarán en la vida futura la felicidad de la vida eterna, Jesús glorifica el sufrimiento por los efectos saludables que de él se derivan. Redimir expiando purifica al despegar el corazón de las cosas de este mundo y libera soltándonos de los apegos terrenos. Jesús introduce en su

reino la gran masa de miserables, estrujados por esa minoría de los poderosos ávidos de riquezas (cf. Isaías 29, 20).

El premio prometido a los que lloran, a los "afligidos", se presenta en esta bienaventuranza como la compensación y la recompensa por todo lo que han sufrido en este mundo: *"El llanto designa los trabajos, la consolación designa la recompensa; ¿qué consuelos, en efecto, son los que de quienes lloran carnalmente? Tan inoportunos como terribles. Porque, al enjugar sus lágrimas, temen siempre llorar otras nuevas. Un padre, por ejemplo, llora la pérdida de su hijo y se regocija cuando nace otro; reemplaza éste al primero, mas el nacido es para él objeto de temor, como el difunto lo es de tristeza; ninguno, pues, de los dos le ensancha verdaderamente. Verdadera consolación será la que tendremos en recibir lo que nunca se perderá. Los que ahora, por ende, lloran en la peregrinación, alégrense ya de la futura consolación"* (Sermón 53, 3).

Los que lloran o se afligen lo hacen por cosas concretas, no se trata de melancólicos ni personas que lloran sus pecados. En el Antiguo Testamento y en el pensamiento judío posterior, la aflicción y la consolación van con frecuencia unidas: Dios promete su ayuda a los atribulados (cf. Isaías 40, 1); este consuelo definitivo, esperado por los pobres de Israel (cf. Lucas 2, 25) se hace presente, si bien todavía no universal y manifiesto, en el ministerio de Jesús: *"llanto en la tristeza que sentimos por la pérdida de aquellos que amarnos. Ahora bien, todos los que se convierten a Dios pierden por eso mismo lo que más amaban en este mundo y dejan de gozarse en lo que antes les deleitaba. Sus alegrías han cambiado de objeto y, por eso, mientras no se inflama su corazón en el amor de las cosas eternas, se verán afligidos por alguna tristeza; pero luego los consolará el Espíritu Santo que, principalmente por esto, se llama Consolador; el cual, en cambio, de la alegría pasajera que perdieron, les hará entrar en la posesión de un gozo sin fin"* (El Sermón de la Montaña 1, 2, 4).

La referencia a Isaías 61 es fundamental en esta bienaventuranza: el enviado definitivo de Dios recibirá el espíritu del Señor en plenitud, que le capacitará para su misión de anunciar a los pobres la buena noticia y consolar a los afligidos. El afligido expresa frecuentemente el dolor que siente y lo manifiesta en lágrimas, lamentos y ritos de duelo: "El llanto, hermanos míos,

lo es verdaderamente cuando es gemido de penitencia. Todo pecador debe ponerse de luto; ¿por quién, en efecto, se lleva luto sino por el muerto? Y ¿quién tan muerto como el malo? Gran cosa es el llanto; llórese a sí mismo y revivirá; vierta lágrimas de penitencia y hallará el consuelo de la indulgencia" (Sermón 11,8).

Agustín de Hipona va desgranando matices auténticos de esta bienaventuranza en su trabajo pastoral. La tarde del obispo Agustín estaba frecuentemente ocupada en gestiones o visitas. Como pastor de una ciudad hormigueante de gente y de problemas, visitaba a los enfermos, a los huérfanos y a los ancianos que pedían su bendición. Todas las miserias del cuerpo y, más todavía, las del corazón le eran confiadas (cf. Vida de san Agustín 26). Confiesa desde su propia experiencia: *"El deber de someterme a tareas que se me imponen, no me deja el tiempo de hacer lo que fuera de mi gusto. Estos trabajos devoran los pocos descansos que me quedan, en medio de los asuntos y llamadas ajenas. A veces me siento obsesionado, y ya no sé qué hacer"* (Carta 139, 2). *"¡Predicar, discutir, amonestar, edificar, estar a la disposición de cada cual, qué carga, qué peso, qué trabajo!"* (Ib.). *"Animar a los buenos, soportar a los malos y amar a todo el mundo"* (La Catequesis a principiantes 27,55).

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán saciados (Mateo 5, 6).

Esta bienaventuranza, que se encuentra en Mateo y Lucas, tiene en ambos evangelistas unas diferencias bastante grandes. Mateo, con la expresión de "justicia", quiere recalcar que se trata de un hambre metafórica. Lucas, en cambio, habla del hambre en sentido ordinario: se trata de hambre de un alimento material para sustentar el cuerpo. Mateo insiste, pues, en el aspecto moral de la bienaventuranza, llevado por su deseo catequético y, por eso, añade la expresión "de justicia". La expresión de Mateo es evocada, espiritualmente hablando, porque en la Biblia "hambre y sed" indican frecuentemente el deseo de bienes sobrenaturales (cf. Isaías 56,1; Jeremías 31, 25; Amós 8, 11) que Dios satisfará plenamente: *"Tener hambre y sed de justicia es cosa de la tierra donde vivimos; hartarse de justicia lo será donde nadie pecará; un hartarse de justicia como se hartan los santos ángeles. Nosotros, hambrientos aun y sedientos de justicia, digámosle a Dios: hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo"* (Sermón 11, 9).

La bienaventuranza de los "hambrientos" tiene el mismo sentido que el expresado en aquellas palabras de Jesús: Yo dispongo el reino en favor vuestro... para que comáis y bebáis en mi mesa, en mi reino (Lucas 22, 29-30). El mismo evangelista refiere la exclamación de un oyente de Jesús: ¡dichoso el que pueda comer en el reino de Dios! (14, 15). Y Jesús anuncia que los llamados al banquete celestial serán los pobres, los tullidos, los ciegos y los cojos (cf. 14, 21).

De los dos textos de Lucas se deduce que la felicidad del mundo futuro será de los pobres, de aquellos que no han podido gozar de los placeres que procuran las riquezas en este mundo. Éstos serán saciados. Pero la privación de los placeres que ofrecen las riquezas, es decir, "el hambre y la sed", ha de ser sufrida por causa del reino de los cielos. Esta es la relación existente entre los hambrientos y Cristo. La misión de Cristo es predicar el gozoso mensaje de la venida del reino de Dios a los pobres, a los afligidos, a los hambrientos. Así había profetizado Isaías 49, 9-10. Y en otro lugar dirá el mismo profeta: Sí, dice Yahvé, mis siervos comerán y vosotros tendréis hambre; mis siervos beberán y vosotros tendréis sed; mis siervos gozarán y vosotros seréis confundidos (Isaías 65, 13).

El hambre y la sed expresan una necesidad del corazón y del cuerpo; el hombre que tiene hambre o que tiene sed, está en el límite de la resistencia (cf. Amós 18, 11-14; Juan 6, 35). Y la "justicia" no es la justificación a la que alude Pablo ni la sola justicia social es el veredicto soberano de Dios que libera por fin a los oprimidos (Salmos 36,11; 40,11...). Justicia divina que hace posible una justicia-fidelidad del creyente porque Yahvé es justo, ama la justicia; los hombres rectos contemplan su rostro (Ib. 11, 7). La "saciedad" alude al reino de Dios definitivamente establecido; Dios responderá en él a todas las necesidades legítimas del hombre: "Ansias saciarte ¿con qué? Si es la carne la que desea saciarse, una vez hecha la digestión, aunque haya comido lo suficiente, 'de esta agua volverá a sentir sed' (Juan 4, 13). El medicamento que se aplica a la herida, si ésta sana, ya no produce dolor; el remedio, en cambio, con que se ataca al hambre, es decir, el alimento, se aplica como alivio pasajero. Pasada la hartura, vuelve el hambre. Día a día se aplica el remedio de la saciedad, pero no sana la herida de la debilidad. Sintamos, pues, hambre y sed de justicia, para ser saturados de ella, de la que ahora estamos hambrientos y sedientos. Seremos saciados con

aquello de lo que ahora sentimos hambre y sed. Sienta hambre y sed nuestro hombre interior, pues también él tiene su alimento y su bebida. 'Yo soy, dijo Jesús, el pan que ha bajado del cielo' (Jn 6,41). "He aquí el pan adecuado al que tiene hambre. Sea también la bebida correspondiente: en ti se halla la fuente de la vida'" (Sermón 53, 4).

Bienaventurados los misericordiosos porque alcanzarán misericordia (Mateo 5, 7).

Esta bienaventuranza tiene como objeto la "misericordia". En la carta a los Hebreos (2, 17) Jesús es llamado "pontífice misericordioso" y fiel. El que, imitando a Dios, perdona los agravios recibidos, el que sigue los ejemplos de Jesús "compadeciéndose" (cf. Colosenses 3, 12) de los miserables, compartiendo y aliviando sus dolores físicos y morales, no sólo con la limosna, sino también espiritual y moralmente, "alcanzará misericordia" divina, entrando en el reino: "Viene a continuación 'bienaventurados los misericordiosos porque de ellos tendrá Dios misericordia'. Prácticala tú y se hará contigo. Tú eres al mismo tiempo rico y pobre: rico de bienes temporales, pobre de bienes eternos. Ya conoces el sonsonete del mendigo; también tú eres mendigo de Dios. Si el mendigo te pide a ti, también tú pides. Lo que hicieres con ése que te pide a ti, eso mismo hará Dios cuando le pidas tú a Él. Estás lleno de vacío. Llena de plenitud el vacío del pobre y el vacío tuyo será colmado de la plenitud de Dios" (Sermón 53, 5). En esta bienaventuranza se expresa, pues, la ecuación entre lo que se hace y lo que se recibe, pero el don de Dios supera inmensamente al mérito humano.

La misericordia de Dios es una de las ideas fundamentales de la Biblia. Fue ya anunciada en el paraíso después del pecado de los primeros padres (Génesis 3, 15), sellada con el solemne pacto de la alianza con Noé y con los patriarcas (cf. Génesis 9, 11; 17, 9, Éxodo 19, 5) y cumplida de modo maravilloso en el éxodo de Israel en Egipto; ¡Yahvé, Yahvé, Dios misericordioso y clemente, tardo a la ira, rico en misericordia y fiel, que mantiene su gracia por mil generaciones y perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, pero no les dejó impunes... (Éxodo 34, 6-7).

Sobre todo, es en Cristo donde se encarnó la misericordia. Así dice san Pablo: cuando apareció la bondad y el amor hacia los hombres, nuestro Salvador, no por las obras justas que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, nos salvó me-

diante el lavatorio de la regeneración y renovación del Espíritu Santo (Tito 3, 4-6). La epístola a los Hebreos afirma también que Cristo se hizo en todo semejante a sus hermanos, a fin de ser Pontífice misericordioso y fiel... para expiar los pecados del pueblo (2, 17). El evangelio de Mateo nos habla de la misericordia divina en relación con el hombre e insiste en que Dios ha querido limitar el uso de su infinita misericordia respecto a nosotros pobres pecadores, a la medida de nuestra relación con los que nos ofenden (cf. Mateo 7, 1-2): "En la Iglesia hay dos clases de misericordia: una es la que no conlleva gasto de dinero ni tampoco fatiga; otra que requiere de nosotros o bien el servicio de la acción o bien gasto de dinero. Lo que no nos exige ni dinero ni fatiga radica en el alma, y consiste en perdonar a quien te ofendió. El tesoro que te permite dar esta limosna lo tienes en tu corazón: allí te entiendes directamente con Dios. No te dice: saca tu cartera, abre el arca o el granero'; ni tampoco: 'ven, camina, corre, date prisa, intercede, habla, visita, esfuérgate'. Sin moverte del sitio, arrojaste de tu corazón las dos cosas que tenías contra tu hermano: hiciste una obra de misericordia sin ningún gasto, sin ninguna fatiga, con la sola bondad, con el solo pensamiento misericordioso. Si dijera: entregad vuestros bienes a los pobres', se me podría tachar de exigente. Ciertamente soy blando o indulgente, al menos ahora cuando os digo: 'dad sin perder nada; perdonad para que se os perdone'. Pero digamos también eso: 'dad y se os dará'. El Señor unió ambas cosas en un solo precepto, mencionando estos dos tipos de misericordia: "perdonad y seréis perdonados': la misericordia del perdón. 'Dad y se os dará' (Lucas 6, 37-38): la misericordia del generoso" (Sermón 259, 3-4).

Esta bienaventuranza de la misericordia se refiere, sobre todo, al perdón. Su significado, sin embargo, puede y debe ampliarse: implica toda forma de caridad con el prójimo (cf. Mateo 25, 34-36). Por eso, los que practiquen esta sublime forma de misericordia obtendrán misericordia, es decir, la salvación, la posesión gozosa de Dios, el reino de los cielos (cf. Ib. 25, 34): "Dios ha establecido una alianza, ha firmado un pacto con nosotros. Si queremos que Él perdone nuestras ofensas tenemos que decirle de corazón: como también nosotros perdonamos a quienes nos ofenden. Si falla esta condición, queda anulado el contrato" (Sermón 58, 6). Mateo habla, además, de la primacía de la misericordia sobre el sacrificio (9, 13) y en los relatos sobre los milagros mostrará que la misericordia del Hijo de Dios coincide

con la misericordia exigida al hombre: "Cuando estabas enfermo cargaba contigo tu prójimo; ahora que ya estás sano, carga tú con él. 'Llevad mutuamente vuestras cargas y cumpliréis la ley de Cristo' (Gálatas 6, 2)... 'Carga, pues, con tu lecho' (Mateo 9, 6) y, cargado con él, no te pares, sino camina. Cuando amas al prójimo y cuidas de él, caminas ¿Adonde sino al Señor Dios, a Aquel que se debe amar con todo el corazón, con toda tu alma, con todas tu mente? (Ib. 27, 37). No hemos llegado al Señor todavía pero ya tenemos al prójimo con nosotros. Carga, pues, con aquel con quién andas, para llegar a aquel con quien deseas quedarte para siempre" (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 17, 9).

Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios (Mateo 5, 8).

Se dirige a aquellos que son rectos y están libres de pecado "en su interior", "en el corazón", por oposición a los escribas y fariseos del tiempo de Jesús que se preocupaban, particularmente, de la legalidad formal, exterior, pero sin prestar atención a la rectitud interior: *"Ay de vosotros... (Mt 23, 23-28): tiene limpio el corazón quien no pone cara de amigo cuando anida la enemistad en su corazón. Dios pone la corona donde la mirada, Dios premia lo interior porque mira al corazón. Sea cualquiera el placer que te llame a tu corazón, recházalo, no lo lisonjees..., para que actúe la gracia interiormente y quede limpio ese corazón donde al mismo Dios se le invoca"* (Sermón 53, 11).

En la expresión "limpios de corazón", el término corazón se emplea para significar que la realidad ética la posee y la vive el justo bienaventurado. No se trata, pues, de mera apariencia o puro formulismo. Esta bienaventuranza, además de inculcar la castidad, indica también la inocencia real de la vida y exacto cumplimiento de todas las obligaciones morales que se ha de llevar a cabo con sinceridad plena de corazón. El Salmo 24, 4 exige un corazón puro para el que quiera vivir cerca del templo donde está el Señor: ¿quién subirá al monte del Señor, se sentará en un lugar santo? El de limpias manos y puro corazón, el que no lleva su alma al fraude y no jura con mentira.

El premio que conseguirán los limpios de corazón será el poder "ver a Dios". Es ésta la suprema felicidad prometida a los "los hombres rectos" e "inocentes" (cf. Salmos 12, 17; 18, 15), que constituyen precisamente la parte selecta de Israel, es decir, "los limpios de corazón". Esta visión de Dios caracteriza al reino

fundado por Jesús (cf. Juan 14, 6-11), que culminará en la gloria eterna: "Muy insensatos son los que buscan a Dios con los ojos del cuerpo, sabiendo que sólo se le puede ver con el corazón. Así está escrito en otro lugar: "buscad a Dios con sencillez de corazón. Porque corazón limpio es lo mismo que corazón sencillo y como es necesario tener sanos los ojos del cuerpo para ver la luz natural, así no puede verse a Dios si no está purificado aquello con que podemos percibirle" (El Sermón de la Montaña 1, 2, 8).

"Puro" o "limpio de corazón" es una expresión judía que procede de la espiritualidad del Antiguo Testamento, especialmente de los salmos. Significa la obediencia absoluta a Dios, lejos de todo pecado. El corazón significa, en lenguaje judío, el centro del querer, pensar y sentir humano. Como la expresión va ligada a un lenguaje judío establecido, se entiende que es una pureza del hombre en sentido global. Mateo conoce la pureza entendida íntegramente, relativo sin duda al ámbito cultural judío, pero que en modo alguno lo anula (cf. 5, 23; 23, 25). El judaísmo, como el cristianismo primitivo, espera que Dios, que no se hizo visible en este mundo ni siquiera a Moisés, pueda ser contemplado cara a cara. Entonces desaparece la lejanía y el enigma de Dios: "Todo lo que obramos, lo que obramos bien, nuestros esfuerzos, nuestras saludables ansias e inmaculados deseos, se acabarán cuando lleguemos a la visión de Dios. Entonces no buscaremos más ¿qué puede buscar quien tiene a Dios? O ¿qué le puede bastar a quien no se basta Dios? Queremos ver a Dios, buscamos verlo y ardemos por conseguirlo. ¿Quién no? Pero mira lo que se dijo: 'dichosos los limpios de corazón porque ellos verán a Dios' (Sermón 53, 1-6).

Esta bienaventuranza ha alumbrado una enorme riqueza de esperanza cristiana. La pureza de corazón y la visión de Dios no llevan a la felicidad privada del hombre religioso, sino que se manifiestan como obediencia a Dios en el mundo y como espera de una futura visión de Dios: "Prepara tu corazón para llegar a ver. Hablando a lo carnal, ¿cómo es que deseas la salida del sol, teniendo los ojos enfermos? Si los ojos están sanos, la luz produciría gozo; si no lo están, será un tormento. No se te permitirá ver con el corazón impuro lo que no se ve sino con el corazón puro. Serás rechazado, alejado; no lo verás. Pues 'dichosos los limpios de corazón porque ellos verán a Dios' ¿Cuántas veces he repetido la palabra "dichosos"? ¿Qué cosas producen

esa felicidad? ¿Cuáles son las obras, los deberes, los méritos, los premios? Hasta ahora en ninguna bienaventuranza se ha dicho 'porque ellos verán a Dios'. Hemos llegado a los limpios de corazón: a ellos se les promete la visión de Dios. Y no sin motivo, pues allí están los ojos con que ven a Dios. Hablando de ellos dice el apóstol Pablo: 'Iluminados los ojos de vuestro corazón' (Ef 1,18). Al presente, a causa de la debilidad, esos ojos son iluminados por la fe; luego, ya vigorosos, serán iluminados por la realidad misma" (Sermón 53, 1-6).

Bienaventurados los que trabajan por la paz porque ellos serán llamados hijos de Dios (Mateo 5, 9).

Los que trabajan por la paz son los que la construyen y establecen cotidianamente en el marco de las relaciones humanas. El término griego corresponde etimológicamente a pacíficos o, mejor, a pacificadores. Es el que ama la paz (tomando ésta en sentido semítico, que incluye la "salud" y la "salvación"), y el que la fomenta y la irradia en los suyos. Siendo la paz fruto de la justicia (cf. Isaías 33,17), el "pacífico", que es el verdadero justo, se opone a la injusticia (Proverbios 10,10). El reino mesiánico es el reino de la perfecta paz (Isaías 9,6-7; Ezequiel 34, 25). Cristo ha inaugurado la paz y es "nuestra paz" (Efesios 2,14; Colosenses 1, 20), ha traído al mundo el evangelio de la paz: "La perfección está en la paz, donde no hay oposición alguna, y por eso los pacíficos son llamados hijos de Dios, porque nada en ellos les hace resistencia... Son, pues, pacíficos en sí mismos los que ordenan todos los movimientos de su alma y los sujetan a la razón, esto es, a la mente y al espíritu, y teniendo dominados los apetitos carnales, se hacen reino de Dios" (El Sermón de la Montaña 1,4,9).

El premio prometido a los pacificadores será "ser llamados hijos de Dios". Esta denominación no es algo puramente extrínseco, sino algo más bien real según la concepción semítica que identifica el nombre con la realidad. Dios es efectivamente el "Dios de la paz" (Romanos 15,30) y el que es "hijo de la paz" se le asemeja y le pertenece. Los elegidos serán en la vida futura "hijos de Dios" (Lucas 20, 36): "Lo que el Señor añadió al decir 'Yo no os doy la paz como la da el mundo' (Juan 14, 27) ¿qué significa sino: yo no os la doy como la dan los hombres que aman al mundo? Ellos, en efecto, se dan la paz para gozar, no de Dios, sino del mundo, sin las incomodidades de los pleitos y de las guerras. Y cuando dan la paz a los justos, cesando de perseguirlos, no pue-

de tratarse de una paz verdadera porque están desunidos los corazones. Pues así como se llama consorte a aquel que une a otro su suerte, se llama concorde al que tiene su corazón unido a otro. Nosotros, amadísimos, nosotros a quienes Cristo deja la paz y da so paz, no como la da el mundo, sino como la da el que hizo el mundo, para lograr la concordia, unamos nuestros corazones en uno solo y levantémoslo al cielo para que no se corrompa en la tierra" (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 77, 3-5).

Ser pacificador designa algo activo. Esta bienaventuranza, junto con la siguiente, se refiere al precepto del amor a los enemigos (cf. Mateo 5,44- 48); también allí se promete la filiación divina (cf. Mateo 5, 41); también allí se trata, como en los versículos 10-12, de enemigos y perseguidos. Mateo apunta seguramente más allá de la convivencia de la comunidad. Y, aunque falta la referencia cristológica concreta, sabemos que en el curso de la lectura de todo el Evangelio se comprende hasta qué punto el Hijo de Dios, Cristo, se acredita en la obediencia al Padre, y la obediencia a su voluntad hace que también sus discípulos puedan llamarse hijos del Padre: "Mas vino quien no tenía pecado a establecer la paz en nuestras almas y en nuestra carne y se dignó darnos por prenda el Espíritu 'porque todos los que se rigen por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Bienaventurados los pacíficos porque serán llamados hijos de Dios'. Toda esta lucha que, por nuestra flaqueza, nos fatiga (pues aun no consintiendo en las concupiscencias, estamos ocupados en esa guerra, todavía no estamos seguros), toda esta lucha cesará cuando la muerte sea absorbida por la victoria (...). Entonces se cumplirá la palabra que está escrita: la muerte ha sido absorbida por la victoria'. Se concluyó la guerra, se concertó la paz..." (Sermón 11, 12).

El Maestro, Cristo, es inseparable de sus seguidores, de sus discípulos. La Encarnación es el anuncio sencillo y místico de la paz, es un orden nuevo en la tierra, una humanidad que caminará en cualquier momento de la historia con la mirada puesta en el Salvador. El Hijo de Dios es condenado precisamente por instaurar la paz en el mundo y por los siglos; es crucificado, y esta misma experiencia la vivirán y la superarán tantos "pacificadores" que, al igual que Cristo, prefieran a Dios antes que el agrado a la voluntad humana. ¿Qué programa queda para un cristiano?: " ¡ Amad la paz, amad a Cristo! Si aman la paz, aman

a Cristo. Al invitarles a amar la paz, los estamos invitando a amar a Cristo. ¿Por qué? Porque dice de Cristo el apóstol: 'Él es nuestra paz que hizo de los dos pueblos uno solo' (Ef 2, 14). Si Cristo es la paz por haber hecho de los pueblos uno ¿por qué vosotros hicisteis dos de uno? ¿Cómo, entonces, son pacíficos si, cuando Cristo hace de dos uno, vosotros hacéis de uno dos? Diciendo esto, somos pacíficos en medio de los que odian la paz; y, con todo, al hablarles así, quienes odian la paz, no combaten sin motivo" (Comentarios a los Salmos 119, 9).

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia porque de ellos es el reino de los cielos (Mateo 5, 10)

Mateo, lo mismo que Lucas, desarrolla esta bienaventuranza más que las otras (Mateo 5,11ss.; Lucas 6, 22 ss.). En primer lugar, siguiendo a Mateo, se describen las persecuciones que se desencadenarán contra los discípulos de Cristo y después se promete el reino celestial. La promesa de Jesús a sus discípulos es, al mismo tiempo, una profecía: tendrán que sufrir toda clase de malos tratos a causa del Hijo del hombre. Jesús anunció en diversas ocasiones todas las persecuciones contra los discípulos (Mateo 23, 34-36). Los judíos harán lo mismo que sus predecesores habían hecho con los profetas: *"¿Qué mal era para los apóstoles el ser expulsados de las sinagogas de los judíos, si se habían de alejar de ellas aunque nadie los expulsase? Quiso dar a entender que los judíos no habían de recibir a Cristo, del que ellos no se separarían jamás; y, en consecuencia, había de suceder que los que no querían estar en él arrojarían de las sinagogas juntamente con él a aquellos que no podían estar sin él"* (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 93, 2).

Los discípulos de Jesús son llamados bienaventurados no por ser perseguidos, sino porque lo son a causa de Jesús. Esta relación con el Señor es la razón verdadera de su futura felicidad. La desgracia de los perseguidores y la felicidad de los perseguidos provienen del hecho que los tiempos escatológicos han llegado en la persona de Jesús. Cristo es, en efecto, el Mesías que viene al mundo. Cristo, por el cual han de sufrir los apóstoles, es el Hijo del hombre cuya venida marca el punto final de la gran prueba de los elegidos (cf. Mateo 24, 29-31). La perseverancia y la fidelidad a Jesús en medio de todas las persecuciones constituirán el mejor título para obtener la salvación eterna: *"Un alma resistente, fuerte, estable y fundamentada en consideraciones religiosas, se mantiene firme contra todos los terrores del diablo*

y contra todas las amenazas del mundo. La fe en los bienes futuros, cierta y bien fundamentada, le da fuerza. La persecución cierra sus ojos, pero se abre el cielo. El anticristo amenaza, pero Cristo defiende; se sufre la muerte, pero sigue la inmortalidad” (Sermón 303, 2).

El sentido de la última bienaventuranza es esencialmente cristológico. Si los perseguidos a causa de Jesús son bienaventurados, la razón es por ser Jesús el Cristo, el Hijo del hombre, aquél que llevará a cabo el juicio final: *“Después de la resurrección se comenzó a predicar con toda claridad a Cristo; empezaron a realizarse en Él de modo evidente las predicciones proféticas y los mártires a confesar su nombre, invencibles en su constancia. No hacían sino confesar abiertamente a quien implícitamente lo hicieron los Macabeos; murieron los unos por Cristo manifestado en el evangelio, murieron los otros por el nombre de Cristo velado aún en la ley. Unos y otros le pertenecen, a unos y a otros ayudó Cristo en sus luchas y a todos los coronó Cristo”* (Sermón 300, 5).

Ayer como hoy, el creyente y la comunidad cristiana tienen que contar con la injuria y la persecución. Pero no cualquier persecución es objeto de la promesa sino aquella que se realiza por causa de Cristo, es decir, por causa de la justicia (1 Pedro 3, 14). La razón para la alegría reside en que traerá un futuro mejor: será grande vuestra recompensa en el cielo. Una mirada sobre la historia del pueblo de Dios muestra que sus testigos han sufrido siempre. Por eso, los discípulos no pueden considerar “extraño” lo que les ocurre si en verdad sus vidas se convierten en un testimonio profético. La recompensa será grande: *“Sábetes, cristiano, que, sufras lo que sufras, no es nada en comparación con lo que has de recibir”* (Sermón 305A, 9).

Concluyendo con Agustín: *“La octava sentencia vuelve a la primera, en cuanto que se nombra también el reino de los cielos, como dándonos a entender el último grado de perfección: ‘bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos’, que es cuando pueden ya decir: ¿quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿Podrá separarnos la tribulación, la angustia, el hambre, la desnudez, la persecución o el cuchillo? Las siete primeras bienaventuranzas son, en consecuencia, los grados de la vida perfecta. La octava muestra y esclarece la perfección alcanzada y, como si empezase de nuevo por la primera,*

*manifiesta que por estos grados todo los demás se perfecciona”
(Sermón del Monte 1, 3, 10).*

Trasciéndete a ti mismo

DIMENSIÓN PERSONAL

1. ¿Qué personas o acontecimientos han cambiado la dirección de tu vida o te han ayudado a orientarte hacia la fe en Dios?
2. ¿Sos consciente de algún tiempo en tu vida que te sentiste perdonado/a, en paz y armonía?
3. ¿Has sentido alguna vez a Dios en tu vida, con una intensidad o con una riqueza nuevas?
4. ¿Recuerdas si la experiencia de ti mismo o de la naturaleza, te han llevado espontáneamente a la oración?
5. ¿Hay algunas palabras o alguna narración en la Biblia que tenga un significado especial para vos? Compártela.
6. ¿Qué es la felicidad para mí? ¿Dónde encuentro la felicidad?
7. ¿Soy feliz? ¿Cómo demuestro yo que soy feliz?

DIMENSIÓN COMUNITARIA Y PASTORAL

8. ¿Qué aspecto de la búsqueda de Dios de Agustín se puede ver en tu comunidad? ¿Cómo tu comunidad te ayuda en la búsqueda de Dios?
9. ¿Puedes recordar alguna experiencia de Dios en la que participó toda tu comunidad?
10. ¿De qué modo tu experiencia comunitaria con otros te ha ayudado a entender a Dios?
11. ¿Cómo se vive la amistad en tu comunidad? ¿Esta forma de vivir la amistad te ayuda en la búsqueda de Dios?
12. ¿Qué cosas te hacen sentir y ser feliz en tu comunidad?
13. ¿Qué cosas se podrían mejorar para que tu comunidad sea un espacio de encuentro con la verdad y de búsqueda de Dios?

14. ¿Qué personas en tu comunidad son significativas en este proceso de búsqueda de la verdad? ¿Quiénes fueron los que te mostraron en Agustín un modelo para encontrarte con vos y con Dios?

15. ¿Cuáles son los deseos que están más presentes en mi comunidad, hacia dónde están orientados?

16. ¿Soy feliz en mi parroquia, grupo, comunidad?

17. ¿Qué cosas nos faltaría para alcanzar la felicidad plena que habla Agustín?

Orar en comunidad

Terminamos el encuentro con un breve momento de oración. Se prepara un espacio con un mantel, la Biblia abierta y una vela encendida.

En esta ocasión hemos reflexionado acerca de la búsqueda que Agustín realiza para llegar a conocer la verdad y la felicidad en su vida. Es bueno que podamos compartir nuestra experiencia de la búsqueda de Dios en nuestras vidas y de este modo ayudar a otros el encuentro y a despertar el deseo de la búsqueda. Que la Palabra de Dios nos ayude también a descubrir la aventura de buscar la verdad y la felicidad que llenen nuestra vida y le den un pleno sentido.

Leemos la Palabra de Dios:

"No se inquieten. Crean en Dios y crean también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones; si no fuera así, se lo habría dicho a ustedes. Yo voy a prepararles un lugar. Y cuando haya ido y les haya preparado un lugar, volveré otra vez para llevarlos conmigo, a fin de que donde yo esté, estén también ustedes. Ya conocen el camino del lugar adonde voy". Tomás le dijo: "Señor, no sabemos a donde vas. ¿Cómo vamos a conocer el camino?". Jesús le respondió: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre, sino por mí. Si ustedes me conocen, conocerán también a mi Padre. Ya desde ahora lo conocen y lo han visto". Juan 14, 1-7.

Dejar un momento para que cada miembro del grupo pueda expresarse.

ORACIÓN POR LA REVITALIZACIÓN DE LA ORDEN EN AMERICA LATINA

Padre Bueno, ayúdanos a convertirnos comunitariamente.
Haz de nosotros, los Agustinos de América Latina,
una sola familia al servicio de tu Pueblo.
Danos tu Espíritu de Comuni3n y participaci3n para convertirnos en hermanos
entre nosotros, y con todos los hombres y mujeres,
allí donde vivimos como discípuos y trabajamos como misioneros.

Jesús, Hijo amado del Padre, que viviste entre los pobres
amando y sirviendo a todos los hombres:
ayúdanos a convertirnos pastoralmente,
a renunciar a ejercer nuestro ministerio como una instancia de Poder,
para ejercerlo con amor, como un servicio a los hermanos.

Jesús, Buen Pastor,
Tú eres nuestro único modelo.
Que celebremos los sacramentos para promover la vida;
ayúdanos a consultar a todos los que trabajan pastoralmente con nosotros,
y mediante la reflexión de tu Palabra,
a consultarte a Ti en nuestro interior, donde Tú eres el Maestro,
para que con la colaboración de todos, llegue tu Reino a la tierra,
para nuestra salvación y la del mundo entero.

Espíritu Santo,
ayúdanos en nuestra conversi3n personal,
a ser dóciles a tus inspiraciones.
Recuérdanos siempre la Palabra de Jesús y el Rostro amoroso del Padre;
arregla en nosotros lo que está mal; realiza en nosotros lo que no podemos;
infunde en nosotros el celo apostólico que le diste a San Agustín;
danos la perseverancia inquebrantable que le regalaste a Mónica;
auxílianos en la tentaci3n y ayúdanos a liberarnos del mal en todo momento.

María, Señora de América Latina,
Madre de la Consolaci3n y Madre del Buen Consejo,
intercede por nosotros ante Jesús para que todos tengamos Vida
y Vida en abundancia;
para que llegue a nuestras parroquias, misiones,
colegios y lugares de trabajo apostólico,
la Vida Nueva, la Vida Feliz, la Vida Plena y Eterna
que nos viene por tu Hijo Jesucristo.

Amén.

ANEXO LA BÚSQUEDA DE DIOS-VERDAD

Mario Mendoza Ríos, OSA

En su libro "La entraña del cristianismo" (Ed. Secretariado Trinitario, Salamanca, 1997) el teólogo Olegario González de Cardedal describe al hombre como ser caminante, marinero, peregrino (p. 306). Y, a continuación, afirma que "el hombre no es estancia, sino andadura; no es una posada, sino un camino (...) El hombre es constitutivamente el que pregunta por la realidad que se le entrega y desvela (verdad), por la significación para su propio destino (sentido), por la posible desembocadura de éste en la nada y el vacío (condenación) o en la plenitud de la vida (salvación). La existencia es así camino hacia el fundamento, hacia la verdad, hacia el sentido, hacia la salvación" (p. 306). Dicho de otro modo, el ser humano es una pregunta que no cesa, una búsqueda incesante, un afán por desentrañar los enigmas de la realidad. Las religiones pretenden el acceso a Dios, estableciéndose así lo que el mismo González de Cardedal señala como "el hombre en camino hacia el interior del Dios y Dios en camino hacia el interior del hombre" (o.c. p. 323).

Todas las filosofías y religiones dicen que el hombre es camino hacia Dios; el cristianismo añade que Dios es camino hacia el hombre. San Agustín comenta: "Si El (Dios) no hubiera tenido voluntad de ser camino, andaríamos siempre extraviados. Se hizo camino por donde ir. No te diré ya: "Busca el camino". El camino mismo es quien viene a ti. Levántate y anda" (Sermón 141).

En el itinerario agustiniano el hombre es un marino que, concluida la travesía, tiene que volver a su hogar, donde alguien le espera (cf. Confesiones 1,1,1). Cabe, sin embargo, el extravío y la llamada de Dios que orienta como el faro en alta mar: "Volviste a lanzar destellos y a lanzarlos contra la debilidad de mis ojos, dirigiste tus rayos con fuerza sobre mí, y sentí un escalofrío de amor y de terror. Me vi lejos de ti, en la región de la semejanza, donde me pareció oír tu voz que venía desde el cielo" (Confesiones 7,10,16).

Cuando la postmodernidad se fija únicamente en la envoltura de las cosas, se distancia de las realidades profundas, del mundo de los valores, y se desliza por la superficie de la realidad. Todo es efímero, mutable, provisional; la afirmación bíblica "Existe un

único Dios. ¡No tendrás otros dioses junto a mí!" (Éxodo 20,3) suena a escándalo.

I. UN MUNDO RELATIVO PARA UN HOMBRE POST-MODERNO

Basta una mirada a cualquier canal de televisión para darnos cuenta que vivimos en una época donde prevalece lo fugaz, la exaltación del instante y hasta una insaciable idolatría de lo sensual. Navegar de canal en canal hasta agotar las mil posibilidades en media hora es una reacción habitual ante el aburrimiento, pero también de insatisfacción ante las propuestas de esta sociedad que nos acostumbra a la indiferencia y nos deslumbra con la fascinación del escándalo. En nuestros ambientes se respira un aire de relativismo y dispersión. Nos encontramos ante un ser humano debilitado por sus grandes esfuerzos por alcanzar dinero, sexo, poder, éxito a cualquier precio, o por conseguir las versiones actuales de mejorar permanentemente el nivel de vida, bienestar y seguridad. Un hombre trivial nadando entre las modas de la temporada. Un hombre light caracterizado por la ausencia de valores, según Enrique Rojas, ya que se fundamenta en la exaltación del momento, la apoteosis de lo efímero y el aumento de la superficialidad; una existencia donde la apariencia externa es más importante que lo que hay dentro. Traído y llevado por los estímulos exteriores, a los que se entrega y con los que pretende alcanzar la felicidad. Y todo agarrado por los hilos finamente entrelazados del materialismo y el consumismo (Enrique Rojas, *El hombre light*, Madrid 1992).

A fin de cuentas, un hombre en búsqueda de valores materiales a costa de reprimir los valores espirituales y trascendentes para los que no encuentra un lugar, ya que se puede constatar con Agustín que "aquí abajo no hay lugar para el descanso. El hecho de ser mortal es un peso para el alma, y el cuerpo que se corrompe la arrastra hacia las cosas terrenas" (Tratados sobre la Primera carta de San Juan 3, 11)

La paradoja de nuestra época se encuentra, precisamente, en esta confusión de satisfacciones, pues el hombre de hoy se encuentra siempre insatisfecho, buscando constantemente sin encontrar descanso, pues sus metas son aparentemente efímeras y relativas.

Y en este contexto, el hombre cuestiona todo criterio moral o religioso; todo convencionalismo o dogmatismo corre el riesgo

de ser atacado e, incluso, todo testimonio pierde su carga de autoridad. De hecho, según los especialistas, el aspecto primero y fundamental de importante relevancia de la crisis contemporánea se configura como una crisis de la verdad, de la universalidad de la verdad metafísica, ética y teológica. No obstante, hoy más que nunca, se interroga constantemente sobre qué cosa sea la verdad, cuáles sean los parámetros para conseguirla y quién pueda ayudar a encontrarla.

II. EL NUEVO DEBATE: ¿RAZÓN O PSIQUE?

El hombre, con las características apenas descritas, ha recibido la connotación de postmoderno. Pero un ser así considerado, sorprendentemente se revela tan complejo que deberíamos extender nuestro estudio desde otros puntos de vista, y no sólo el espiritual.

En la antigüedad, la filosofía era la ciencia que hacía un minucioso análisis del comportamiento del hombre y trataba de dar una explicación de su comportamiento. Los eruditos concretaron más el tipo de ciencia y la denominaron psicología o antropología filosófica. El filósofo -cuya etimología es "amante de la verdad o sabiduría"- trató de dar una explicación basada en la superioridad del hombre sobre los demás animales, resaltando la razón o la inteligencia como el medio por el cual el hombre podía poseer la verdad, es decir, el criterio por el cual el hombre conoce su ser y su entorno, dentro de su mente o razón. La verdad era indiscutiblemente objeto de la filosofía.

Sin embargo, las diversas maneras de concebir la razón a través de la historia, también han provocado que el hombre reconsidere el objeto mismo de su comprensión. La misma verdad ha sufrido en la filosofía de nuestros contemporáneos un desplazamiento particular, hasta el punto de establecer lo relativo, como criterio absoluto. Debido a este proceso de transformación, también la filosofía ha sufrido un desplazamiento por parte de la economía o de la política, por ejemplo, y por ello ha dejado de ser la ciencia exclusiva del comportamiento del hombre, aunque sería mejor decir que la "ciencia de la sabiduría" hoy se complementa con nuevos enfoques.

En efecto, los nuevos acercamientos sobre el hombre, provenientes de la Psicología, la Pedagogía, la Política, la Sociología, etc., han puesto en evidencia que la búsqueda de la verdad es

un tema que no se puede reducir sólo a un mero análisis ontológico o metafísico de la realidad, cuyos parámetros son relativos, según la razón. Por esto, la búsqueda de la verdad parece ser que tiene mejor comprensión y mayor acogida en lo profundo de este hombre postmoderno, en el objeto de las aspiraciones de realización profundas del mismo hombre, es decir, la conciencia, realidad psíquica, cuya tarea más importante no consiste sólo en aplicar a lo concreto los principios generales, sino en darle un sentido y orientación a toda la existencia. En definitiva, es ahí donde se encuentran las respuestas a los interrogantes de la vida y también la trascendencia del hombre mismo, el otro semejante a él, pero también el totalmente otro, es decir, Dios, que es la Suma Verdad.

Desde un punto de vista de la fe, la conciencia, no sólo es el medio para alcanzar la Verdad, también es el lugar de encuentro entre Dios y el interior del hombre. En la conciencia se toman las decisiones más importantes de la vida y se toma postura ante las grandes decisiones que exigen responsabilidad.

Todo esto viene a indicarnos que una visión sintética de reciente concepción, respecto a la búsqueda de la verdad, no parte sólo de una concepción rígida del ser o de la verdad, sino de una visión interdisciplinar de la realidad. De hecho, todo reduccionismo sobre la verdad pierde su objetividad. Lo mismo cabe decir para el discurso sobre Dios. Una conciencia crítica, moderna o post-moderna, no puede separar del concepto de Dios, el ser trascendente absoluto y absolutamente otro distinto al hombre, las categorías de la Verdad, la Bondad, la Unidad y la Belleza, pues son éstos los referentes de la existencia del hombre, de cualquier hombre y de todo hombre de recta conciencia.

Cualquier traición a estos referentes causa un malestar existencial y psicológico, en este hombre frágil y vulnerable, pero confiado en un orden equilibrado de las instituciones y la sociedad. Incluso cualquier trasgresión a este orden ontológico se percibe, consciente o inconscientemente, como una complicidad estructural en el subconsciente colectivo, pues "los que miserablemente caen en el mal -dice san Agustín- son los mismos que ponen su esperanza en este mundo. Desaparece lo que exteriormente brillaba, y dentro no queda más que el humo de la mala conciencia. En ninguna parte encuentran consuelo, no tienen adonde salir, no tienen adonde entrar; abandonados de

la pompa secular, vacíos de la gracia espiritual, son verdaderamente humillados" (Comentarios a los Salmos 30, 2 s.3, 12).

Por su parte, los especialistas explican que el orden es un término universal que significa la disposición adecuada de las unidades que constituyen un todo. Consecuentemente, lo recto supone una dirección y una meta; un sentido y unos puntos de referencia. Pero el orden puede aparecer de distintas maneras: el orden serial, que se refiere al espacio, al tiempo, al movimiento, a la disposición, y a la relación del pasado con el futuro, del antes con el después; el orden total, que nos permite distinguir y estructurar las partes con el todo, jerarquizar y establecer una relación sistemática entre los diversos elementos de un conjunto; el orden de los distintos niveles que existen en nuestra conducta y que, en el marco moral, se llaman virtudes (humanas, cardinales y teologales). En este último, en el orden de los distintos niveles, se encuentra la trasgresión y el pecado de nuestro tiempo, pues, posiblemente, la voluntad no se corresponde con la conciencia, donde se encuentra la Verdad y lo Trascendente, por el contrario, se da una conducta permisiva, lo que significa que el hombre no tiene prohibiciones, ni territorios vedados, ni impedimentos ni límites que frenen la realización personal, ya que todo depende del criterio subjetivo de cada uno, dando a todo validez y licitud. De hecho, a una conducta permisiva corresponde una razón subjetiva, es decir, el mundo de la verdad relativa.

El psiquiatra Enrique Rojas describe así una actitud subjetiva y relativa: *"El subjetivismo insiste una y otra vez en que la única norma de conducta es el punto de vista personal, lo que uno piense, sea quien sea, y proceda esa opinión de donde proceda; esta postura se va instalando de espaldas a la verdad del hombre y de su naturaleza, buscando y persiguiendo el beneficio inmediato. Con ello se quiere afirmar que la verdad es lo útil, lo práctico. Por eso no existe nada absoluto, definitivo o fundamental; todo es relativo, o sea, depende de un entramado de relaciones complejas; nada es verdad ni mentira, no podemos emitir juicios ni análisis sobre algo demasiado terminante. Es así, siguiendo esta línea argumental, como caemos en el relativismo: tratando de encontrar la verdad a través de nuestros deseos y puntos de vista. Pero, en realidad, alcanzamos una verdad subjetiva, replegada sobre sí misma, sin vínculo alguno con la realidad, apoteosis de las opiniones y de los juicios parti-*

culares. Según lo explicado hasta ahora, afirmamos que se cae en un nuevo absoluto: todo es relativo; huyendo de las verdades universales, se termina aterrizando en ellas. El relativismo es aquella postura en la cual no existe ninguna verdad universal, definitiva, algo a lo que sirve y que sea esencial para cualquier vida humana."

Como el hombre light, el hombre postmoderno se encuentra interiormente con un vacío de la Verdad y de la Verdad trascendente, que es Dios. En su lugar, su psique, que se mueve en el espacio vital de las necesidades, le exige buscar otra respuesta a sus satisfacciones que no son Dios ni son la Verdad. Y por eso se entiende que el hombre post-moderno se esclaviza a "falsos dioses", cometiendo una "idolatría" (para usar un término bíblico), y, al mismo tiempo, engaña su propia razón. A este fenómeno de cierta frustración, los especialistas lo llaman el "vacío existencial" que, si no se cubre adecuadamente, termina por provocar en el interior del hombre un "vacío por saturación de contradicciones", como sostienen los psiquiatras: *"Se ha dicho que la época moderna está marcada por la desustancialización, ya que la mayor parte de lo que hay a nuestro alrededor está rebajado, diluido, cada vez con menos contenidos, y se va impregnando por la lógica del vacío."*

III. AGUSTÍN: INCANSABLE BUSCADOR DE LA VERDAD

Sin temor a dudas, Agustín ha sido considerado como un incansable buscador de la Verdad, debido a su espíritu inquieto que le llevaba constantemente a buscar e investigar sobre la misma, ya que su vacío interior le exigía ser llenado, según podemos apreciar en la lectura de sus Confesiones. Agustín estaba convencido que una vida agitada y dispersa vaga en lo superfluo y gira hacia aquello que lo aferra al mundo: "No amemos el mundo" exhorta a sus fieles, *"ni lo que hay en el mundo. Porque lo que hay en el mundo son los apetitos desordenados, la codicia de los ojos y el afán de grandeza"* (Tratados sobre la Primera carta de San Juan 2, 11). Por su parte, una vida integrada, que tiende hacia el interior y profundo del ser, puede iniciar un proceso hacia la verdad, la bondad, la belleza interior y, desde luego, el amor: *"elimina el mal amor del mundo y llénate del amor de Dios. Eres un vaso que todavía está lleno. Vacíate de lo que tienes para recibir lo que no tienes"* (Tratados sobre la Primera Carta de San Juan 2, 9)

Su historia de búsqueda de la verdad también puede ser entendida como una historia de conversión. A partir de la lectura del Hortensio de Cicerón, Agustín se esforzó por encontrar la Verdad aun a costa de caer en el error. Buscó en la Sagrada Escritura, pero a los 18 años no le convenció el estilo rudo y tosco de la traducción latina. Más tarde, intentó entre los Maniqueos que le seducían por el uso de la elocuencia, sin embargo, se convenció que éstos hacían un abuso del texto bíblico y de la ciencia de la época, manipulando ambos conocimientos según la conveniencia de la secta, dando como resultado una verdad falseada. Intentó buscarla entre gente más seria y erudita, así tuvo un acercamiento a la filosofía de la llamada Academia platónica, pero su actitud obstinadamente escéptica sobre el conocimiento de la Verdad y la certeza le invitaron a criticar su método de la búsqueda con un profundo estudio *Contra Académicos*, pues una vida incierta provoca desaliento y desesperanza. Su encuentro con un círculo filosófico de Milán que simpatizaba con el Neoplatonismo, el cual tenía una tendencia casi mística y donde participaban un buen número de cristianos como el obispo Ambrosio y el presbítero Simpliciano, le llevó a reconocer que la sola posesión racional de la verdad no era suficiente sin la práctica de una vida ascética; y que la búsqueda es difícil y fatigosa si se hace solitariamente, casi en forma exclusivista y egoísta, por tanto, también le ayudó a valorar suficientemente el grupo de pertenencia, un grupo de amigos, una comunidad donde *"juntos puedan esforzarse en la búsqueda de la Verdad y donde el primero que llegue a su posesión enseñe a los demás el camino para llegar a ella"* (Soliloquios 1,12, 20).

Su contacto con el cristianismo, a partir del 386, le fue ayudando a madurar todas las intuiciones juveniles de una búsqueda de la felicidad. Esta aspiración, unida a la verdad, completaba un cuadro netamente convincente de búsqueda, posesión y contemplación de la Verdad, entendida ésta como sabiduría e identificada con Dios, verdad inmutable y trascendente. Permanecerá fiel a este Dios hasta la muerte en el 430, tratando de evitar el error y la falsedad. En su continua búsqueda de la verdad y de Dios, Agustín pudo aprender que "el error de cada uno consiste en que, confesando y proclamando que no desea otra cosa que llegar a la felicidad, no sigue, sin embargo, el camino de la vida que a ella conduce. El error está, pues, en que siguiendo un camino seguimos aquel que no conduce a donde deseamos llegar. Y cuanto más uno yerra en el camino de la vida, tanto

menos saber porque tanto está más distante de la verdad, en cuya contemplación y posesión consiste el sumo bien" (El libre albedrío 2, 9, 26).

Su vida es un itinerario inquieto de búsqueda (Confesiones 1, 1, 1), pues el hombre ha sido creado para descansar en Dios, y por ello busca la verdad. Afirma categóricamente: "Dios es la verdad, y la verdad no es cuadrada, ni redonda, ni alargada. En todo lugar está presente si el ojo del corazón está abierto para ella" (Comentarios a los Salmos 30, 2, s. 1, 7). Como en su tiempo, "hoy tenemos que infundir a los hombres, a quienes la teoría de los académicos con su ingenioso modo de hablar apartó de la comprensión de la verdad, la esperanza de encontrarla" (Carta 1, 1)

IV.- LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD EN SAN AGUSTÍN

La visión de san Agustín sobre la verdad no es sistemática, sino sintética, uniendo los polos de su experiencia entre el amor y la conciencia de los diversos grados del saber. Para él, Verdad y Dios son la misma entidad, el mismo referente en la vida y la misma finalidad de nuestra búsqueda, pues Dios es la fuente objetiva de la verdad, pero al mismo tiempo es su alimento subjetivo que satisface toda aspiración y todo deseo, como podemos apreciar de su plegaria en los Soliloquios: *"Oh Dios verdad, fundamento, principio y ordenador de la verdad de todos los seres que son verdaderos... Oh Dios sabiduría, fundamento, principio y ordenador de la sabiduría de todos los seres que poseen la sabiduría"* (1,1, 3).

Ahora bien, todo hombre lleva en su interior como de manera impresa en su alma una tendencia hacia esta verdad-sabiduría-divinidad, pues *"Señor, nos hiciste para Ti, y nuestro corazón estará inquieto hasta descansar en Ti"* (Confesiones 1, 1, 1): *"Así como antes de ser felices tenemos impresa en nuestra mente la noción de felicidad, puesto que en su virtud sabemos ser dichosos, así también antes de ser sabios tenemos en nuestra mente la noción de sabiduría, en virtud de la cual cada uno de nosotros, si se le pregunta si quiere ser sabio, responde sin sombra de duda que sí, que lo quiere"* (El libre albedrío 2, 9, 26). Aún, en este nivel de comprensión, felicidad y sabiduría encuentran una indisoluble distinción, ya que *"nadie es bienaventurado sin la posesión del sumo bien, que consiste en el conocimiento y posesión de aquella verdad que llamamos sabiduría"* (El libre albedrío 2, 9, 26).

Por eso, bajo la influencia de una corriente filosófica, conocida como neo-platonismo, Agustín identifica la Verdad y el ser de Dios, pues la ciencia y la verdad dicen algo de la sabiduría, que en estos términos quiere decir la verdad trascendente, lo realmente verdadero: *"no hay lugar a dudas que es Dios la inmutable naturaleza. Erguida sobre el alma racional, allí campea la primera vida y la primera esencia, donde luce la primera Sabiduría. He aquí la soberana Verdad, que justamente se llama ley de todas las artes"* (La verdadera religión 31, 57). En efecto, para él como para los filósofos, Dios es *"donde está la causa creadora de la naturaleza, la luz para descubrir la verdad y la fuente donde se saborea la felicidad"* (La ciudad de Dios 8, 10).

No es mi intención tocar los argumentos agustinianos de la identidad entre Dios y Verdad o Sabiduría, sino sólo aquello que nos permite acoger mejor la relación estrecha entre estos términos de nuestra búsqueda, ya que la extensión de la jerarquía entre existencia-vida-inteligencia, unida a otros dos factores, precisamente, la sabiduría y Dios, fueron los que determinaron dicha concepción, según podemos apreciar en sus obras filosóficas conocidas como "Diálogos de Casiciaco" así como la ejercitación de un método peculiar basado en la interioridad (cf. Confesiones 10, 6, 8- 7, 11), pues estaba convencido de que la verdad late profunda e implícitamente en la naturaleza de las cosas y de las almas" (Carta 1, 2).

Pero esta estrecha relación tendrá una ulterior clarificación complementaria en clave cristológica, ya que una concepción abstracta de la Verdad o de Dios puede resultar un ejercicio mental, sin incidencia en la vida concreta, mientras que Cristo-Verdad asegura un auténtico criterio para la vida intelectual y espiritual. En este sentido, Agustín reflexiona tratando de dar una respuesta a su personal inquietud acerca de lo trascendente y tratando de responder sinceramente a sus constantes interlocutores o detractores, con quienes se esfuerza por encontrar la Verdad, pero sobre todo al cristiano que vive desorientado en la incertidumbre de numerosas propuestas aparentemente verdaderas y convincentes para su *modus vivendi*. Veamos en detalle algunos de sus postulados más esenciales:

La Verdad interior

Que la verdad está en la conciencia del hombre es una idea que se presenta desde las obras juveniles. La verdad misma, la

suma verdad es lo más íntimo de mí y lo más profundo de nuestro ser" (Confesiones 3, 6, 11; cf. La verdadera religión 39, 72; El Maestro 11, 38). Efectivamente, "es dentro de mí -dice Agustín- sí, dentro, en la morada del pensamiento, donde la Verdad, que no es ni hebrea, ni griega, ni latina, ni bárbara, sin ruido de sílabas, me diría: 'dice verdad'" (Confesiones 11, 3, 5).

En última instancia, es la Verdad misma a la que se deben conformar todas las costumbres de todas las culturas y pueblos, así como el actuar del hombre en la sociedad y en la cultura: "ame en mí el alma fraterna lo que enseñas que se debe amar y deplora en mí lo que enseñas que se debe deplorar" (Confesiones 10, 4, 5; cf. Naturaleza y origen del alma 2, 17, 23).

Desde este presupuesto, desde la verdad interior, Agustín propone un criterio de confrontación, diálogo y complementación, enmarcando sus resultados dentro del *ordo amoris* (orden del amor): "Nuestra forma de actuar con los hombres, -dice-, es primero saber qué saben ya de cierto para conducirlos de ahí a las verdades que aún no conocen o que no quieren creer. Mostrando la secuencia lógica de estas verdades con las admitidas por ellos están obligados a probar otras verdades antes negadas. De este modo la verdad, que antes tenían por falsa, se distingue la falsedad porque es vista en armonía con la verdad" (Réplica al gramático Cresconio donatista 1,15, 19). El mismo Agustín añade en otra de sus obras que "si encontramos cualquier elemento de verdad incluso en los hombres peores, corregimos la perversidad sin alterar lo que en ellos hay de recto y justo. Así en el mismo hombre enmendamos falsas opiniones a partir de las verdades admitidas por él, evitando destruir las convicciones verdaderas con las críticas falsas" (El único bautismo. Réplica a Petiliano 5,7).

Encarnación de la Verdad en la historia.

Este presupuesto teológico tiene que ver con la voluntad salvadora universal de Dios y la pretensión exclusiva de Jesucristo, de ser el único mediador: "mediador por ser hombre, y por eso también camino. Hay un solo camino que excluye todo error: que sea uno mismo Dios y hombre: a donde se camina, Dios, y por donde se camina, el hombre" (La ciudad de Dios 11, 2). En realidad, la verdad interior evolucionó en Agustín en clave cristológica. Así lo podemos apreciar en los Tratados sobre el Evangelio de San Juan: "Vuelve al corazón; mira allí qué es lo que tal vez sientes

de Dios: allí está la imagen de Dios. En el hombre interior habita Cristo, y en el hombre interior serás renovado según la imagen de Dios..." (18, 10). Invitando a Licencio a seguir a Jesús, afirma: "No dice lo verdadero, sino la verdad: Cristo es la verdad y vamos a él para no ser fatigados" (Carta 26, 6).

Cristo-Verdad y la Cultura.

Decía Ortega y Gasset en *El espectador* que "la cultura es un movimiento natatorio, un bracear del hombre en el mar de su existencia" que busca su perfección y purificación, pues la cultura es para el hombre como el asidero adonde ir una y otra vez a refugiarse, a buscar alimento para su conducta, para saber a qué atenerse. Su fin consiste en ayudarlo para que su vida sea más humana, tenga más relieve y le revele sus verdaderas posibilidades.

En este sentido, la búsqueda de Dios- Cristo-Verdad nos lleva a un tema de mucha actualidad desde su proyección social, ya que tal concepción toca el problema de lo cultural y de las costumbres, pues "el fin de nuestra intencionalidad es Cristo, ya que aunque personalmente nos esforcemos, en Él nos perfeccionamos, y por Él somos perfeccionados; y toda nuestra perfección es ésta: llegara Él. Él nos propuso en esta vida un modelo del vivir y nos dará en la vida futura un premio del vivir" (Comentarios a los Salmos 56, 2). En otras palabras de Agustín, "no podríamos purificarnos para acomodarnos a las cosas eternas" como la Verdad, "sino mediante las temporales a las que estábamos ya acomodados" (La Trinidad 4,18,24).

Desde este punto de vista, los hombres de todas las épocas, como los filósofos griegos o los académicos necios, situados en esferas inferiores, "hicieron ídolos a los que adoraron. Luego nuestra ciencia es Cristo y nuestra sabiduría es también Cristo. Él nos imprime la fe, valiéndose de las cosas temporales, Él nos manifiesta la verdad, valiéndose de las eternas. Por Él, vamos a Él; por la ciencia tendemos a la sabiduría; pero sin separarnos de un mismo Cristo en quien están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia escondidas (Col 2, 3)" (La Trinidad 13, 19,24). Precisamente porque en la verdad del Verbo encarnado se encuentra la realidad de lo que seremos, "por eso, dice Agustín, incita el Señor a los creyentes a que permanezcan en la palabra de la fe y a que se dejen conducir por ella a la Verdad y por ésta a la eternidad, y de este modo se libre de la muerte" (La Trinidad

4, 18, 24), la cual muerte, en nuestras sociedades, se expresa a través de los pensamientos, actos, costumbres, tradiciones, políticas, proyectos o normas, elementos que conforman la llamada cultura de muerte.

V. RESPUESTA AGUSTINIANA AL HOMBRE POST- MODERNO

Para el hombre postmoderno el tema de la búsqueda de Dios-Verdad es un argumento que se centra no tanto en la razón cuanto en la conciencia, ya que su tarea más importante no consiste en aplicar a lo concreto los principios generales, sino en darle un sentido y orientación a toda la existencia. Esta sensibilidad actual nos permite ir en búsqueda de un Dios personal y trascendente, que con su Verdad inmutable nos satisfaga en todas nuestras aspiraciones. "El amor no se puede dividir. Elige qué vas a amar, porque una vez que lo eliges, lo demás viene por sí mismo" (Tratados sobre la primera Carta de San Juan 10, 3), dice san Agustín.

Un concepto racional de la verdad corre el riesgo de confundirse con lo relativo y pasajero. Por ello, el hombre se encuentra en constante búsqueda de referentes sustanciales y de criterios que le den felicidad. Constatamos que hoy es difícil hablar de una realidad absoluta, debido a los diversos puntos de vista de la realidad: natural, lógico, metafísico, moral, virtual... La excesiva superficialidad de las propuestas que propone la sociedad no termina de convencer las exigencias de la vida interior, pues como trata de explicar Agustín, "la verdadera y divina filosofía nos invita a frenar y moderar el amor sumamente dañino y lleno de fatigas, para que el alma, aun mientras gobierna este cuerpo sea atraída y anhele hacia las realidades que permanecen siempre del mismo modo y no agradan por una belleza pasajera. Siendo esto así y aunque mi mente dentro de sí te vea verdadero y simple, de modo que puedas ser amado sin preocupación alguna" (Carta 2).

Un concepto racional de la verdad corre el riesgo de confundirse con lo relativo y pasajero. Por ello, el hombre se encuentra en constante búsqueda de referentes sustanciales y de criterios que le den felicidad. Constatamos que hoy es difícil hablar de una realidad absoluta, debido a los diversos puntos de vista de la realidad: natural, lógico, metafísico, moral, virtual... La excesiva superficialidad de las propuestas que propone la sociedad no termina de convencer las exigencias de la vida interior, pues

como trata de explicar Agustín, "la verdadera y divina filosofía nos invita a frenar y moderar el amor sumamente dañino y lleno de fatigas, para que el alma, aun mientras gobierna este cuerpo sea atraída y anhele hacia las realidades que permanecen siempre del mismo modo y no agradan por una belleza pasajera. Siendo esto así y aunque mi mente dentro de sí te vea verdadero y simple, de modo que puedas ser amado sin preocupación alguna" (Carta 2).

Pero en este difícil trabajo de buscar la Verdad (Dios-Cristo), no basta encontrar, ya que el hombre se encuentra insatisfecho, sobre todo en nuestra época y en nuestra sociedad, cansadas de tantas palabras aparentemente verdaderas. A la Verdad (Dios-Cristo) se llega para gozar y compartir con la vida a través del amor, porque como bien ha afirmado Agustín en la Carta 147: "me parece que en esta investigación vale más el modo de vivir que el modo de hablar". En efecto, "si la sabiduría es Dios, por quien todo ha sido hecho, como nos lo dice la autoridad y verdad divinas, el verdadero filósofo es el que ama a Dios" (La ciudad de Dios 18, 41, 3).

La posesión de la verdad es siempre el resultado de un proceso de ascensión, a pesar de nuestros yerros y debilidades. Supone encuadrarse en un orden por el cual se pueda llegar a Dios, a Cristo o a la Verdad (cf. El orden 1, 9).

En última instancia, Agustín nos ofrece la propuesta de un hombre superior ante un hombre anclado en los bienes materiales y superficial; un hombre inquieto ante un hombre que pasivamente se deja seducir por el consumismo y la moda; un hombre auténtico ante un hombre banal, dependiente de sus placeres y necesidades; un hombre firme ante un hombre confundido por criterios diversificados y dispares. Finalmente, como alternativa al hombre ligero, sin valores y mirando el horizonte, Agustín presenta, partiendo de su experiencia, el hombre veraz en vuelo hacia lo alto y trascendente, donde se puede contemplar la Verdad-Dios-Cristo: "propiamente con la ayuda de mi alma subiré a Él. Traspasaré esta virtud mía por la que estoy unido al cuerpo y llena su organismo de vida, pues no hallo en ella a mi Dios... Traspasaré aun esta virtud de mi naturaleza, ascendiendo por grados hacia Aquel que me hizo" (Confesiones 10, 7, 11-8, 12).



Vicariato San Alonso de Orozco
Orden de San Agustín